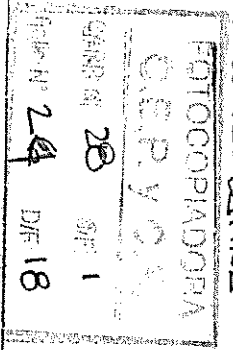


Capítulo 5

El sexto lado del Pentágono



Hasta ahora hemos estudiado los ejércitos de las naciones independientes del continente y dejado de lado a los semiproteccionados de la zona de influencia histórica directa de Estados Unidos. Si hasta la Segunda Guerra Mundial los gobernantes norteamericanos no demostraron excesivo afán por participar en el entrenamiento de los militares sudamericanos,<sup>1</sup> no puede decirse lo mismo de la región del Caribe y Centroamérica. Los ejércitos creados por el tío Sam y adiestrados la mayoría de las veces por los *marines* merecen un capítulo aparte. No sólo en razón de sus características particulares, que obedecen a su origen y a la naturaleza del Estado al cual sirven, sino también por otras dos razones aún más decisivas. La primera es bolizados en dos nombres imborrables en la historia natural de la infamia continental: Trujillo y Somoza. De esto nos ocuparemos más adelante. La segunda es su carácter de experiencia piloto para Estados Unidos, una vez convertido este país en el "Gulliver atado" por sus responsabilidades mundiales que conocemos hoy. En efecto, el creciente poderío de la República imperial, unido a la decadencia de Europa y de la Segunda Guerra Mundial; fueron factores decisivos para limitar la soberanía de sus vecinos meridionales. No es ilícito pensar que Estados Unidos, al extender sus fronteras de seguridad al conjunto del continente, trató de imponer a todos los países de la región una tutela militar análoga, *mutatis mutandis*, en sus objetivos, a la su *glacis* caribeño. Sea como fuere, a partir de 1945, los demás Estados del continente, que hasta entonces se hallaban en situaciones de dependencia múltiples y sectoriales, en las cuales no siempre predominaba el gran hermano del Norte, ahora, a *grosso modo*, pasan a depender económica, cultural,

<sup>1</sup> Como señala McCann a propósito de Brasil, donde los representantes de Estados Unidos son partidarios de la misión militar francesa. Véase Frank McCann, *Foreign Influence and the Brazilian Army*, Río de Janeiro, FGV-CPDOC (mimeografi.), 1980, págs. 5-6.

comercial y militarmente, al igual que las micronaciones de la cuenca del Caribe, de una única metrópoli, la primera potencia capitalista mundial. La comprensión de las modalidades y consecuencias de la presencia militar de Estados Unidos en los Estados "protegidos" de la estratégica frontera sur nos facilitará el estudio de las realidades y límites de la dominación del Pentágono sobre el conjunto de las fuerzas armadas del subcontinente a partir de la Segunda Guerra Mundial, evitando siempre los esquemas y las conclusiones apresuradas. Para ello es necesario recordar algunos elementos de la historia de las relaciones interamericanas.

Si bien la doctrina promulgada por Monroe en 1823 ("América para los americanos") parecía sentar el principio de las responsabilidades propias de Estados Unidos para con las ex colonias españolas y portuguesas, los norteamericanos, ocupados en la consolidación de su territorio, no empiezan a ocuparse del resto del continente sino en el último cuarto del siglo XIX. Su "destino manifiesto" era el Pacífico. Pero en 1880 Estados Unidos alcanza la producción industrial de Gran Bretaña y la sobrepasa en 1894.<sup>2</sup> Ha nacido una potencia económica. En 1889, cuando los círculos imperialistas norteamericanos alientan proyectos coloniales, Estados Unidos convoca la primera conferencia internacional de los Estados americanos, que se realiza en Washington. La arrogancia de la prosperidad impresiona a los delegados "latinos". Pero no logra imponer, sus proyectos de crear un tribunal de arbitraje y una unión aduanera, que hubieran garantizado su dominación económica sobre todo el continente. Lo cual no impide que el senador Berridge siga abogando por la apertura de los mercados latinoamericanos a los productos yanquis como salida natural. En 1898, Estados Unidos derrota fácilmente a la España decadente y "libera" a Puerto Rico, Cuba y Filipinas, iniciando así una era de expansionismo exterior que sucede a la triunfante expansión interna. El primer Roosevelt, brutal adepto de la "política del garrote", no sólo "toma Panamá" y crea el enclave colonial del canal en 1903, sino que hace de la política de la cañonera aplicada a las naciones australes un principio de su política exterior. Gracias al "corolario" que agrega a la doctrina Monroe en 1904, Washington asume oficialmente

<sup>2</sup> De acuerdo a Pablo González Casanova, *Imperialismo y liberación en América Latina*, México, 1978, 15-16.

el "poder de policía internacional" en los países vecinos.

Mientras que Estados Unidos considera al Caribe un mar interior cuyo control le es indispensable en aras de sus intereses nacionales, el istmo centroamericano es, desde una época anterior a la apertura de la puerta artificial del canal de Panamá, una línea de comunicación interna entre sus costas atlántica y pacífica. Aparte de estas consideraciones geopolíticas, Estados Unidos posee importantes intereses económicos en su coto de caza meridional del cual ha desplazado a los europeos. La *United Fruit* y el *National City Bank* son los símbolos de esta dominación económica. Al erigirse en gendarmes del *mare nostrum*, los norteamericanos se reservan el derecho de intervenir militarmente esta "zona vital de seguridad" cada vez que, como dice Theodore Roosevelt, "la constante debilidad y la falta de un poder se traducen en un relajamiento de los vínculos de la sociedad civilizada".<sup>3</sup> El principio de intervención está inscripto en la Constitución de Cuba, liberada del "yugo español". Las tropas de ocupación norteamericanas sólo se retiran de la isla tras la aceptación de la enmienda Platt, cuyo artículo II prevé: "El gobierno de Cuba acepta que Estados Unidos ejerza el derecho de intervenir para salvar la independencia de Cuba y mantener un gobierno capaz de garantizar el respeto por vidas, bienes y libertades" y por sus obligaciones internacionales.<sup>4</sup> El derrocamiento del gobierno conservador pronorteamericano en 1906 provoca una segunda ocupación de la gran isla por los *marines*, como preludio de una serie de intervenciones militares seguidas de ocupaciones más o menos prolongadas y el ejercicio más o menos directo del gobierno en otros países de la región. Nicaragua en 1912, Haití en 1915, Santo Domingo en 1916, corren la misma suerte que Cuba. La República Dominicana es ocupada de 1916 a 1924, Nicaragua lo es en dos ocasiones (1912-1925 y 1926-1933), Haití es "protegido" ininterrumpidamente por los *marines* de 1915 a 1934.

Pero cuando se retiran, las tropas norteamericanas lo hacen siempre bajo las mismas condiciones. Antes de partir, Estados

<sup>3</sup> Leslie Manigat, *Évolutions et révolutions: l'Amérique latine au XX<sup>e</sup> siècle (1889-1939)*. Paris, 1973, pág. 134. Hans Joachim Leu y col., *Las relaciones interamericanas. Una antología de documentos*. Caracas, 1975, pág. 30.

<sup>4</sup> Allan Reed Millet, *The Politics of Intervention. The Military Occupation of Cuba (1906-1909)*. Columbus (Ohio), 1968, págs. 40-41.

Unidos crea una fuerza policial militarizada, encargada de reemplazar a los *marines* en la defensa del orden, la paz y sus intereses. La misión de estos ejércitos nuevos es asegurar la hegemonía yanqui, ahorrándole a la potencia tutelar el elevado costo político y diplomático de la intervención militar directa. Estas fuerzas supletorias, impuestas a las naciones de soberanía limitada, originan un militarismo de características singulares.

De la ocupación yanqui a los ejércitos supletorios

Un subsecretario del Departamento de Estado escribía en 1927: "El territorio de América Central, incluido el istmo de Panamá, constituye una legítima esfera de influencia para Estados Unidos, si tenemos en cuenta seriamente nuestra propia seguridad [...]. Nosotros controlamos realmente los destinos de América Central y lo hacemos por la sencilla razón de que el interés nacional nos dicta esa política."<sup>5</sup> El retiro de las tropas de ocupación frente a las presiones sudamericanas y la resistencia desestabilizadora de las guerrillas (Sandino en Nicaragua, Cacos en Haití, los *gaulleros* dominicanos) no significa el retiro de los intereses "americanos" de la región. La política del "buen vecino", aplicada a partir de 1933 por el segundo Roosevelt, ratifica el abandono táctico de la intervención directa y busca reducir las tensiones hemisféricas, privilegiando la intervención pacífica a través del sistema "panamericano"; se trata de lograr los mismos objetivos regionales por otros medios. El retiro de los *marines* no debe abrir la puerta a las "revoluciones" y el desorden. La creación de *constabularies* en los países ocupados (especie de gendarmería que en Nicaragua será conocida por mucho tiempo como la *constabularia*, a tal punto ha penetrado el injerto extranjero) tiene por objeto suprimir los viejos ejércitos nacionales, considerados por Washington como fuentes de inestabilidad,<sup>6</sup> y crear

<sup>5</sup> Robert Olds, subsecretario de Estado, en un memorándum confidencial citado por Richard Millet, *Guardians of the Dynasty (A History of the US Created Government of Nicaragua and the Somocsa Family)*. Nueva York, 1977, pág. 52.

<sup>6</sup> Según los círculos políticos norteamericanos de la época. Véase Dana G. Munro, ex encargado de asuntos norteamericanos en Nicaragua y embajador a Haití, en respuesta a Richard Millet, ob. cit., pág. 41.

Fuerzas militares apartidistas, es decir, independientes de todos los actores nacionales, pero leales al antiguo ocupante.

En Cuba, "convertida en nación sin ejército",<sup>1</sup> la administración militar norteamericana, que abandona la llamada República en 1902, deja en pie una guardia rural conforme al modelo mexicano y la enmienda Platt. De alguna manera, seguro y resguardo. La misión de la guardia rural es proteger las plantaciones de caña de azúcar. La espada de Damocles de la enmienda fortalece el poder del gobierno conservador contra las tentativas "revolucionarias" de sus adversarios liberales. Sin embargo, éstos se sublevaron en 1906 y Estados Unidos considera que sus compromisos le obligan a intervenir. Los marines desembarcan en Cuba por segunda vez, ocupan la isla y la "pacifican", desarmado a los insurgentes. La ocupación resulta totalmente impropia. Y las autoridades norteamericanas comprenden que la aplicación de la enmienda Platt conduce lisa y llanamente a la anexión de Cuba o bien a intervenciones sucesivas y un conflicto prolongado en el cual Estados Unidos tiene mucho que perder, sobre todo en cuanto a su prestigio internacional. Queda la solución menos costosa y más segura de "cubanizar" la intervención, de manera tal que las fuerzas nacionales, con ayuda de Estados Unidos, mantengan el orden y la seguridad interna, aplacando todo intento de "revolución" y de agitación social. Así nace el ejército permanente de Cuba, producto de la "bilateralización de la enmienda Platt",<sup>2</sup> convertida en tratado con la metrópoli y, de hecho, la verdadera Constitución de la isla hasta 1959.

A partir de ese momento, la protección de las propiedades extranjeras y de un gobierno estable capaz de defenderlas queda en manos de un ejército nacional entrenado por asesores norteamericanos. Sus oficiales se forman o perfeccionan en las academias militares de Estados Unidos; sus pertrechos provienen de la potencia protectora, que evidentemente impone condiciones políticas para entregarlos. Fuerza antimisericordiosa por naturaleza, creada por un ocupante norteamericano obsesionado por la estabilidad, producto de una interpretación amplia de la enmienda Platt, el ejército cubano es ante todo una fuerza conservadora y hostil a todo cambio político y social. Constituye

<sup>1</sup> Luis A. Pérez Jr., *Army Politics in Cuba (1898-1958)*, Pittsburgh, 1976, pág. XV.

<sup>2</sup> *Ibidem*, pág. 45.

ye la garantía de un orden sociopolítico aceptable para Estados Unidos; en ese sentido, su legitimidad nacional es nula. Esta institución militar, puesto de avanzada de Estados Unidos o representante de Washington en la política cubana, aparece como una fuerza neocolonial antes de poseer intereses burocrático-profesionales propios. Por ello cuenta con la enemistad de todas las clases de la sociedad; no corresponde a una voluntad ni necesidades nacionales, sino a los imperativos de una potencia extranjera. Su papel político durante treinta años y hasta su derrumbe en 1958-1959, corresponde a sus características antinacionales.

En Cuba, debido a la descolonización tardía, al cabo de treinta años de guerra de liberación, la estabilidad gubernamental era precaria, casi inalcanzable; en cambio, a fines del siglo pasado, Nicaragua parecía estar en vías de dotarse de una clase dirigente moderna y un Estado. Este país cerrado en el cual durante mucho tiempo se enfrentan los liberales de León con los cacillos conservadores de Granada, se desarrolla tímidamente y por fin, gracias al café, entra en la dinámica de la prosperidad agroexportadora. La reforma liberal de 1893 parece asbozar un proyecto de moderno capitalismo agrario. El presidente liberal Zelaya vence los bienes municipales, expulsa algunas imprentas extranjeras e inicia la creación de un ejército moderno. Instaura el servicio militar obligatorio para todos los ciudadanos y jurda, para la formación de los oficiales, una Escuela politécnica con profesores chilenos. Los resultados obtenidos son modestos. Los generales siguen siendo, antes todo, jefes políticos que deben sus grados a "su capacidad de reclutar ejércitos partidistas locales."<sup>9</sup> El servicio militar, teóricamente universal, no reemplaza el reclutamiento forzado, como lo demuestra este telegrama de un jefe político local a Zelaya: "Le envío por el tren de la mañana trescientos voluntarios a Managua. Le ruego devolverme las sogas, porque todavía quedan muchos aquí que quieren enrolarse y su entusiasmo es grande."<sup>10</sup>

No obstante, el país cambia. Bajo el puño del dictador liberal, se forma un Estado. La oligarquía tradicional de comerciantes y ganaderos, cuyo partido es el conservador,<sup>11</sup> cede

<sup>9</sup> Richard Miller, *ob. cit.*, pág. 21.

<sup>10</sup> *Ibidem*, pág. 22.

<sup>11</sup> Según Jaime Whetstock, *Imperialismo y dicadura. Cris de una formación social*.

terreno a la nueva clase de empresarios volcados hacia el mercado interno. Pero el nacionalismo de Zelaya y sus vinculaciones con los intereses británicos preocupan a Estados Unidos. Les importa sobre todo el valor estratégico de Nicaragua, por donde podría trazarse un canal interoceánico. Washington necesita un gobierno amigo que controle al país clave del istmo, vital para la defensa y expansión de la República imperial. En 1909 cae Zelaya y llega a su fin la reforma liberal, con evidente bendición de Estados Unidos, tras numerosos incidentes internacionales cuidadosamente preparados y una sublevación conservadora. Con el asentimiento y, desde luego, la complicidad de Washington, la oligarquía conservadora proyanqui vuelve el poder. Adolfo Díaz, ex empleado de una empresa norteamericana de Bluefields, sobre el Atlántico, ocupa la presidencia. Pero los liberales no le dan respiro. En 1911, el "patriota" Díaz envía una nota al encargado norteamericano para solicitar una intervención militar "como ésa que dio tan buenos resultados en Cuba".<sup>12</sup> Mientras los rebeldes ganan terreno y controlan las principales ciudades del país, en 1913 desembarcan alrededor de 3000 *marines*. Supervisan las elecciones que entregan el poder a Díaz y la firma del tratado Bryan-Chamorro, que les garantiza la posibilidad de construir un canal interoceánico sobre el "gran lago".

La ocupación militar entrega el poder a los conservadores minoritarios. En 1924 Estados Unidos está convencido que el *status quo* y el "orden institucional" están lo suficientemente firmes como para retirar sus tropas. Pero estallan insurrecciones liberales contra un nuevo gobierno de Díaz. El México revolucionario de Calles apoya al liberal Sacasa, quien instala su gobierno en Puerto Cabezas, en el nordeste del país. El Departamento de Estado denuncia al comunismo. Washington envía a 2000 infantes de marina al rescate. Esta vez, la intervención yanqui se encuentra con una fuerte oposición armada de un nuevo tipo, más popular y arraigada que las tropas reclutadas por los clanes oligárquicos. Un "general" liberal dirige esta "resistencia nacional antimperialista", su nombre se vuelve símbolo y bandera: Augusto César Sandino. El héroe

México, 1975, págs. 104-107. Edelberto Torre Rivas, *Centroamérica hoy*, México, 1977, págs. 98-100.

<sup>12</sup> Según John Parke Young, *Central American Currency and Finance*, Nueva York, 1925, citado por Wheelock, *ob. cit.*, pág. 109.

"bolivariano" de los Segovias, jefe del "pequeño ejército loco", da a su lucha una dimensión continental. Este "general de hombres libres", admirado por Barbusse y Gabriela Mistral, Ugarte y Vasconcelos, cuyas tropas atraen voluntarios de los países vecinos, durante seis años conduce una guerra agotadora e invicta contra el ocupante. Sandino depona las armas recién en 1933, tras el retiro de los *marines*.

Se ha negado a aceptar la reconciliación entre los liberales y conservadores que se produce en 1927 bajo la égida de Estados Unidos, y que lleva al poder al liberal Moncada en elecciones supervisadas por el general norteamericano McCoy. Esos acuerdos, concebidos por sus firmantes como medio de frenar una movilización social peligrosa para el orden establecido, deben permitir, según los ocupantes, desarmar a las fracciones políticas en pugna y desmilitarizar la vida pública. Con ese fin, Estados Unidos impone la creación de una guardia nacional (*national constabulary*) apartidista, bajo la conducción de oficiales norteamericanos, y cuyo jefe director será un *marine* hasta 1932. Esta guardia, ejército y policía a la vez, comandada por oficiales extranjeros, poseedora de privilegios de extraterritorialidad jurídica, es una fuerza colonial y anticonstitucional, denunciada como tal desde su aparición.<sup>13</sup> Estados Unidos pone el mayor empeño en eliminar la política participativa de las filas de la guardia, al punto de que los reclutas deben jurar que abandonan toda filiación política,<sup>14</sup> pero no dedica iguales esfuerzos a nacionalizar la fuerza militar. En 1930 sobre un total de doscientos veinte oficiales, sólo quince eran nicaragüenses. Empeñada en la lucha contra los sandinistas junto a las tropas norteamericanas de ocupación, la guardia nacional es, desde su creación, una fuerza antinacionalista y antipopular. Estados Unidos ha reemplazado a los ejércitos privados de las luchas civiles por su propio ejército privado. Esta tendencia pronorteamericana sigue vigente hasta nuestros días; de 1956 hasta su desaparición en 1979, la guardia nacional es comandada por graduados de West Point y los cadetes de la academia militar, fundada por los norteamericanos en 1930, pasan su cuarto año de estudios en alguna escuela norteamericana, principalmente, a partir de la década del

<sup>13</sup> Véase Virgilio Godoy, "El ejército de Nicaragua", en *La Crónica* (San Salvador, 8 diciembre 1970).

<sup>14</sup> Richard Millet, *ob. cit.*, pág. 125.

sesenta, en la *US School of the Americas* en la zona del Canal.<sup>15</sup> Por otra parte, en 1932, al buscar un jefe-director nicaragüense adecuado a sus objetivos, los *marines* encontrarán a un hombre sin excesivas vinculaciones políticas, aunque ha participado en las primeras sublevaciones liberales. Más importante aún, es sobriamente político del presidente Sacasa y por añadidura habla el inglés y conoce a los norteamericanos por haber estudiado en Filadelfia. Anastasio Somoza García, general improvisado, asume el mando de la guardia pero no se contenta con eso. Último de los *marines* y primero de los jenízaros nicaragüenses, saca partido de la excepcional autonomía social de que goza la guardia en relación a la nación y al Estado, y de su lealtad para con la metrópoli. La "dinastía sangrienta" que impone sobre el país durante cuarenta y cinco años es el producto de la intervención.

En la República negra de Haití, la ocupación norteamericana se prolonga gracias a la creación de una "gendarmaría indígena pertrechada" y entrenada por el *Marine Corps*.<sup>16</sup> Estados Unidos, preocupado por los intereses económicos de Europa, principalmente Alemania, por un país cuyas costas presentan una posición estratégica clave en la ruta hacia el Canal de Panamá, sigue de cerca el proceso haitiano. Las necesidades de dinero del gobierno y la violenta inestabilidad de un país que derroca a seis presidentes en cuatro años —el último fue linchado por la multitud— le permiten a Estados Unidos, en el auge de la diplomacia del dólar, intervenir militarmente para apropiarse de las aduanas y el sistema financiero nacional, y finalmente el gobierno del país. La acción estaba justificada por el coronario Roosevelt: acaso la anarquía haitiana no ponía en peligro los bienes y las personas?

También allí las tropas de ocupación enfrentan una tenaz resistencia popular: la rebelión *caco*, que llegará a movilizar a 15.000 guerrilleros bajo la conducción de Charlemagne Pèralte y cuyo objetivo es "echar a los invasores al mar". Con ayuda del racismo se desencadena una represión terrible, que prefigura las futuras "pacificaciones" coloniales norteamericanas, sobre

<sup>15</sup> US Congress, House Committee on Foreign Affairs, *Foreign Assistance Act of 1966*; Hearings, 39th Congress, 2nd Session, April 16, 1966, Washington D.C., 1966, pág. 239, citado por Don L. Eichenson, *The United States and Militarism in Central America*, Nueva York, 1975, pág. 106.

<sup>16</sup> Kern Delancey, *Armée et politique en Haïti*, Paris, 1979, pág. 18.

todo con la utilización de campos de concentración de las poblaciones. En 1919, Pèralte es asesinado por los ocupantes y el movimiento se aplaca. En dos años de lucha, los *cacos* sufren 2250 muertos, los *marines*.<sup>17</sup>

Para llevar a cabo la pacificación y preparar el futuro, en 1916 los ocupantes disuelven el ejército existente y crean una fuerza pública, bautizada "gendarmaría de Haití" —fuego guardia (1928) y finalmente ejército (1947)— que lucha junto a los *marines* en la "campaña de exterminio de la guerrilla... de los *cacos*".<sup>18</sup> En su bautismo de fuego, la gendarmaría juega el papel de "tropa indígena de ocupación".<sup>19</sup> Certo es que en 1930 el 60 por ciento de los oficiales son norteamericanos. La haitificación de las fuerzas militares se produce de manera lenta e ininterrumpida. La Academia Militar, fundada en septiembre de 1930 de acuerdo a la Academia Militar estadounidense, es dirigida por oficiales norteamericanos. Pero la guardia ha pasado a la historia de Haití como una institución relativamente débil.

En la región oriental, española, de la Gran Antilla, la República Dominicana es ocupada por los *marines* en 1916, en condiciones muy similares a las de su vecina francófona. Los pretextos para la intervención son la inestabilidad y la insolencia. En setenta años de vida independiente, desde el fin de la dominación haitiana sobre esa parte de la isla (1844), se han producido veintitrés revoluciones triunfantes. La guerra civil es el único mecanismo de transferencia del poder político. Una élite de grandes propietarios se disputa el poder por las armas sin llegar a establecer una democracia más o menos estable ni una dictadura permanente y eficaz. La fragmentación de los grupos dirigentes parece obedecer a la especialización agraria: se habla de cacao oligarca, azúcar imperialista y tabaco democrático.<sup>20</sup> Los gobernadores de provincia son verdaderos jefes militares locales.

<sup>17</sup> Manigat, *ob. cit.*, pág. 363.

<sup>18</sup> Delancey, *ob. cit.*, pág. 19.

<sup>19</sup> Paul Larraque, prólogo de Delancey, *ob. cit.*, pág. 10. Para un punto de vista norteamericano en el terreno técnico, se puede consultar James H. McCooklin, *Cardie d'Haiti 1915-1934 (Twenty Years of Organization and Training by the United States Marine Corps)*, Nueva York, 1956.

<sup>20</sup> Según la fórmula de Pedro F. Bonó, citada por Manigat, *ob. cit.*, pág. 348.

Frente a la anarquía generada por los señores de la guerra, la cual, entre sublevaciones y guerras civiles, eleva constantemente la deuda nacional, Estados Unidos impone un cuerpo de policía "neutral", creado en 1916. Pero no se limita a apuntalar el gobierno o a colocarlo bajo tutela: usa y llamanente, lo suprime y reemplaza por un gobernador militar con un gabinete ministerial integrado por oficiales norteamericanos. La consecuencia principal de la ocupación extranjera es que suprime los poderes militares de los caudillos semiindependientes<sup>21</sup> y centraliza el gobierno nacional. La guardia nacional creada por los *marines* es el primer ejército regular permanente que conoce la República Dominicana.

Si bien la resistencia al invasor es más localizada y menos amplia que en los demás países ocupados de la región, la guardia nacional no deja de ser recibida como un cuerpo extraño, ejército auxiliar del ocupante. La burguesía dominicana es en su mayoría hostil a Estados Unidos y las grandes familias se niegan a permitir que sus hijos se conviertan en oficiales coloniales. Las autoridades norteamericanas, que reclutan a la tropa entre los elementos jóvenes de las ciudades, no son exigentes en cuanto a la trayectoria de los futuros oficiales, públicamente denunciados en la prensa como traidores a la nación.

Es así como un ex empleado de los telégrafos, convertido en jefe de la policía privada de una plantación azucarera, ingresa a la gendarmería de los *marines* en 1916. Su ascenso es meteórico: teniente en 1919, capitán en 1922, mayor en 1924, jefe del Estado Mayor en 1928. Ese hombre, de antecedentes escasamente honorables, llamado Rafael Leónidas Trujillo, no tardará en llegar a generalísimo. El futuro "sátropa de la República Dominicana", el "pequeño César del Caribe",<sup>22</sup> goza de toda la confianza de los *marines*. Su dictadura será un fruto envenenado más de la ocupación yanqui.

Estados Unidos hubiera querido establecer guardias nacionales conformes al modelo que acabamos de ver, por lo menos en los cinco Estados del istmo (sin contar a Panamá). Pero sólo lo logra en los países ocupados y, hasta cierto punto, en Panamá. En efecto, poco después de la independencia, la nueva

<sup>21</sup> Marvin Goldwert, *The Constabulary in the Dominican Republic and Nicaragua*. Gainesville (Fla.), 1962, pag. 21.

<sup>22</sup> Según el título del libro bien documentado de Germán Ornes, *Trujillo. Little Caesar of the Caribbean*. Nueva York, 1958.

República crea, sin ayuda de Estados Unidos pero bajo su atenta vigilancia, una guardia nacional, mitad policía y mitad ejército, que, por sus funciones y desarrollo, es muy similar a sus homólogos de los países vecinos. Es comprensible el deseo de Estados Unidos de dotar a esas naciones, neurálgicas para su propia seguridad, de fuerzas del orden entrenadas y formadas por él y, por consiguiente, débiles a priori. Pero en realidad, la política de Washington es a la vez maquiavélica e ingenua. El análisis de las autoridades estadunidenses deriva de una apreciación esquemática y superficial de la inestabilidad y el "militarismo" de la región, que supuestamente se debería al carácter partidista de los ejércitos. Para ponerle fin, bastaría crear ejércitos apolíticos o suprapartidistas, profesionales y disciplinados. Así se matan dos pájaros de un tiro: se asegura el futuro político de los países "desmilitarizados" y se crean aliados internos útiles.

Este análisis olvida que, en todos los países caóticos e inciertos donde se impone el modelo del *constabulary*, el Estado prácticamente no existe o bien es absolutamente arcaico, y que no hay un solo grupo social lo suficientemente fuerte y dinámico como para imponerse a sus rivales y emprender la modernización de las estructuras administrativas y políticas. Gracias a Estados Unidos, la modernización no sólo empieza por el ejército sino que es impuesta por un invasor extranjero que, al mismo tiempo, margina y aplasta a las clases dirigentes en formación y destruye los restos de las instituciones tradicionales, anulando así la posibilidad de construir un Estado nacional. Esta política de extrema extraversión militar da lugar a ejércitos modernos, centralizados, dedicados exclusivamente a la seguridad interna, legítimos únicamente a los ojos del ocupante, con el cual mantienen relaciones de lealtad más o menos estrechas. Estos ejércitos de enclave, antinacionales por su naturaleza, no pueden construir el núcleo del Estado al cual sustituyen en el *no man's land* institucional creado por el invasor: están disponibles para la aventura o, en todo caso, ayudan a multiplicar la inestabilidad contra la cual habían sido creados.

La política del "buen vecino", que pone fin a la ocupación militar del Caribe y Centroamérica, permite a Estados Unidos alinear detrás de su política a todos sus vecinos australes a partir del estallido de la guerra en Europa. Preparada por una serie de reuniones de consulta de las cancillerías americanas, la entrada de Estados Unidos en la guerra en 1941, después de Pearl Harbor, obliga a los Estados del continente a abandonar la política de neutralidad que habían mantenido hasta el momento. Estados Unidos desea ese alineamiento. Mediante la ley de "préstamo y arrendamiento", ofrece armas a los países amigos y amenaza con represalias a los indisciplinados, sin tomar en consideración sus intereses nacionales. La Argentina, tradicionalmente vinculada al mercado británico y para la cual la neutralidad es una necesidad comercial vista, es marginada del continente y sus gobiernos acusados de "nazifascistas" por el Departamento de Estado. En el terreno económico, Estados Unidos pide a sus aliados continentales que participen en la guerra aceptando que los precios de mercancías estratégicas se fijen unilateralmente y las exportaciones se paguen en dólares, inútiles hasta tanto se obtenga la victoria. Algunos países, como Brasil, obtienen beneficios a cambio de una colaboración más estrecha con la causa de las democracias. Getulio Vargas, creador de un régimen autoritario a la europea, permite a Estados Unidos instalar bases aéreas en el Nordeste y envía una división a combatir en Italia con el *US Army* (la *Forza expedicionaria brasilera*, FEB). Obtiene a cambio, e inesperadamente, un fuerte préstamo del *Eximbank* para la construcción de la siderurgia nacional.

En general, la guerra acrecienta la dependencia económica de los países del continente en relación a la gran nación del Norte y el control político de Washington sobre los destinos de las naciones latinoamericanas. En 1945 se inicia una nueva era en las relaciones hemisféricas, fruto de las nuevas relaciones de fuerzas internacionales y en los cambios en las estructuras de la dependencia financiera y económica. En efecto, en el período entre guerras y, sobre todo, a partir de la gran depresión, Estados Unidos reemplaza a los países europeos, todos atrapados en graves dificultades financieras, como primer inversor en el continente. Gran Bretaña queda desplazada.

Sus inversiones en América latina descienden de 754 millones de libras en 1938 a 245 millones en 1951.<sup>23</sup> Estados Unidos incrementa las suyas, de 300 millones de dólares en 1897 a casi 2 mil millones en 1920, 3,5 mil millones de dólares en 1929, 4,7 mil millones en 1950, más de 6 mil millones en 1953 y más de 12 mil millones en 1962.<sup>24</sup> En 1914, las inversiones directas del Reino Unido en América latina eran tres veces más altas que las de Estados Unidos. En 1930 las de ambos países son prácticamente iguales. Por otra parte, la influencia financiera norteamericana trasciende el Caribe para alcanzar a los grandes Estados del sur. En 1897, México y Centroamérica absorbían el 72,8 por ciento de las inversiones y la América austral tan sólo el 12,4 por ciento; en 1929, Cuba recibe el 24,3 por ciento (casi tanto como México y Centroamérica juntos), pero Sudamérica el 47,2 por ciento. La parte correspondiente a Centroamérica y el Caribe baja del 86,1 por ciento en 1908 al 52,8 por ciento en 1929. El comercio entre el norte y el sur del continente sigue el mismo ritmo de crecimiento. Las importaciones norteamericanas provenientes de América latina alcanzan una media de 553 millones de dólares anuales entre 1936 y 1940, y representan 2,35 mil millones de dólares en 1948.<sup>25</sup>

La diplomacia del dólar ha demostrado su capacidad. El primer inversor extranjero, el primer —y para muchas economías único— cliente, ya no es más un lejano país europeo sino una metrópoli situada en el mismo continente que sus vasallos, un gigante *next door*. Porque Estados Unidos es la primera potencia económica mundial además de la primera potencia militar, mientras que Europa, en plena reconstrucción, a duras penas logra evitar su satelización en momentos en que los peligros de la guerra fría la llevan a buscar abrigo bajo el "paraguas" norteamericano y la integración atlántica. Por consiguiente, durante algunas décadas, los Estados latinoamericanos se encontrarán a solas con su gigantesco tutor: un país que consume de apenas el 6 por ciento de la población mundial pero consume

<sup>23</sup> F. Benham y H. A. Holley, *A Short Introduction to the Economy of Latin America*, Londres, 1960, pág. 73.

<sup>24</sup> Organization of American States, *Inter-American Economic and Social Council, Foreign Investments in Latin America*, Washington D.C., pág. 17. ONU, *External Financing of Latin America*, Nueva York, 1965, págs. 15-32.

<sup>25</sup> Joseph L. Tulchin, "Latin America: Focus for US Aid", *Current History*, Guño 1966), pág. 28.

casi la mitad de los recursos del planeta: ¡primer consumidor y productor de la Tierra!

Al sobrevenir la paz, Estados Unidos monta un sistema de seguridad hemisférico basado en una compleja red de pactos multilaterales y bilaterales. La idea rectora de la estructuración del sistema defensivo interamericano había sido formulada bajo la presidencia de Truman: "un hemisferio cerrado en un mundo abierto".<sup>26</sup> Universalismo, sí, pero *usque ad aram*. A partir de entonces la "zona de intereses vitales" de Estados Unidos se extiende hasta Tierra del Fuego. Reina el espíritu de Yalta. Las bases del sistema militar habían quedado sentadas durante la guerra con la creación del *Inter-American Defence Board (Junta interamericana de defensa)*. En 1947, el Tratado Interamericano de Defensa Recíproca, firmado en Río de Janeiro, sienta los principios de la solidaridad colectiva frente a una agresión extracontinental. En 1948, la Carta de Bogotá, por la cual se crea la Organización de Estados Americanos, prevé las modalidades de solución pacífica de los conflictos que pudieran surgir en el interior del sistema interamericano. La Carta de la OEA pone el acento en el principio de no intervención. Pero el artículo 6 del T.I.A.R. prevé el caso de una "agresión que, sin [ser] un ataque armado, [podría] poner en peligro la paz de América"; con lo cual se amplía el concepto de defensa hemisférica.

Este dispositivo multilateral relativamente flojo y labil se basa en el principio de la armonía de intereses entre los países miembros de la "familia americana", según la concepción paternalista cara al Departamento de Estado, aceptada sin demasiada discusión por los gobiernos de los países "clientes". Parecería que el gobierno norteamericano quería avanzar más en el terreno de la defensa continental. En 1946 se presentó ante el Congreso un proyecto de *interamerican military cooperation act*, pero no fue aprobado. Su objetivo era uniformizar los equipos, armas y organización con el fin de "independizar totalmente a los ejércitos latinoamericanos de los proveedores de armas europeos";<sup>27</sup> porque, de acuerdo al secretario de Guerra de esa época, Estados Unidos "aprendió durante la Segunda Guerra Mundial que la introducción de equipos extran-

<sup>26</sup> David Green, "The Cold War Comes to Latin America", en B. J. Bernstein y col., *Politics and Policies of the Truman Administration*. Chicago, 1970, pág. 165.

<sup>27</sup> *Idem*, pág. 167.

jeros [sic] y métodos extranjeros de entrenamiento representa un peligro para la seguridad" del país.

Lejos de proponer una integración militar como la del Atlántico Norte, a pesar del interés manifestado por numerosos dirigentes civiles y militares latinoamericanos en ese sentido, al estallar la guerra de Corea, Estados Unidos se limita a firmar, en principio con doce países, una serie de tratados bilaterales de ayuda militar en el marco del *mutual security act* aprobado por el Congreso en 1951. América latina no es una zona de alta prioridad defensiva. El comunismo no es, a los ojos del gobierno norteamericano, un peligro inminente en la región, a pesar de la advertencia guatemalteca de 1954.<sup>28</sup> La ayuda militar, que comprende el adiestramiento de militares latinoamericanos, donaciones de material excedente o usado y créditos para la compra de equipos, alcanza apenas los 450 millones de dólares para el periodo 1953-1962, pero llega a 488 millones de dólares en los cuatro años siguientes.<sup>29</sup>

Mientras tanto, la situación hemisférica ha cambiado. El desafío cubano obliga a Estados Unidos a modificar sus concepciones estratégicas. La aparición de un Estado socialista a doscientos kilómetros de Florida aparece como una grave amenaza para la hegemonía norteamericana en el continente. Bajo Kennedy se redefine el papel de las fuerzas armadas latinoamericanas: la seguridad interna y la lucha antisubversiva sustituyen a la política de defensa común contra una agresión extranjera. También se modifica el tipo de asistencia. La contrarrevolución no necesita cañones ni bombarderos sino armas livianas y una ideología anticomunista firme. Las modificaciones introducidas bajo Kennedy reafirmarán los vínculos entre el Pentágono y los ejércitos latinoamericanos y darán un fuerte tinte político a su colaboración.

<sup>28</sup> En la conferencia interamericana de Caracas, en marzo de 1954, Estados Unidos hizo aprobar una resolución condenatoria del comunismo, según la cual la instauración de un régimen comunista significaba una amenaza para la paz en el continente. Pocos meses más tarde, mercenarios entrenados por Estados Unidos derrocan al gobierno reformista y democrático del presidente Arbenz, apoyado por el Partido Comunista guatemalteco. Guillermo Tornello, canciller guatemalteco, denuncia esta "internacionalización del maccartismo".

<sup>29</sup> De acuerdo a datos oficiales: US Agency for International Development Statistics and Report Division, *US Overseas Loans and Grants and Assistance from International Organizations. Obligations and Loans Authorizations July 1, 1945. June 30, 1972*. Washington, 1973.



Al poner el acento en la "defensa del frente interno" contra la subversión comunista, y en las tareas de "acción civil" del ejército para prevenirla, a partir de 1962 la ayuda militar norteamericana se vuelve más intensa y menos institucional que anteriormente. Se estructura el dispositivo militar interamericano a la vez que se estrechan las relaciones entre los ejércitos latinoamericanos y la metrópoli. El ejército de Estados Unidos está presente, en misiones de importancia variada, en diecinueve países del continente: esta presencia en muchas ocasiones es una de las condiciones de venta o préstamo de equipos.

TABLA I

Proporción de Asesores militares de Estados Unidos en relación a los efectivos del ejército nacional en algunos países del continente (1964-1968).

Argentina	1/2034	Guatemala	1/300
Brasil	1/1760	Nicaragua	1/323
Chile	1/1250		

FUENTE: Geoffrey Kemp: *Arms Traffic and Third World Conflict*. Nueva York, 1970, pág. 7.

Los programas de asistencia militar (Military Assistance Programs, MAP) de Estados Unidos son coordinados por el Southern Command, uno de los cuatro grandes centros de mando militar de Estados Unidos, cuya sede fue trasladada a la zona del Canal de Panamá en 1963. En principio, la función del Southern Command (o *South Com*), creado como producto de la situación cubana, es la defensa del Canal. Pero ese "pequeño Pentágono", con sus 10 a 15 mil efectivos de las tres armas, capaz de efectuar una intervención de las tres armas, supervisa la ayuda e influencia militar estadounidense desde el corazón mismo del continente. Las conferencias anuales de los comandantes de ejército americanos analizan la situación continental, el grado de "amenaza" y la división interamericana de las tareas de defensa. La realización de maniobras conjuntas, como los operativos *Unitas* de la marina, y los acuerdos regionales de integración como el que condujo a la creación del CONDECA (Consejo de Defensa Centroamericana),

150

derivan directamente de la programación global de la defensa por las autoridades norteamericanas. En el caso de la marina, el préstamo o alquiler de buques por la flota de Estados Unidos facilita las presiones tendientes a estrechar la colaboración.

Esta estrecha red de colaboración militar varía en densidad de acuerdo al país. Así como sucede con las misiones militares, la envergadura de la ayuda financiera y el porcentaje de oficinas y suboficiales instruidos en las escuelas norteamericanas varía sensiblemente, de acuerdo al país. En la Tabla II se observa que la ayuda financiera en su conjunto (*grant aid programs, credit sales y excess stock program*)<sup>10</sup> no guarda relación con la magnitud de los ejércitos, salvo, quizás, en el caso de Brasil, pero se relaciona con la capacidad del país para autofinanciar sus necesidades defensivas, así como con las amenazas potenciales que lo acechan, a juicio del Pentágono. La primera consideración explicaría la exigüidad de la ayuda que recibe la Argentina, la segunda, la importancia relativa de la ayuda que reciben Colombia y Perú, donde existen guerrillas desde los años sesenta, y también el lugar que ocupan Chile y Uruguay.

Para visualizar seriamente las consecuencias políticas directas o indirectas de esta ayuda, habría que estudiar también su variación en el tiempo. Se observará (Tabla 3) que en los años 1962-1966 se concentró en dos países (Argentina y Chile) que sufrieron procesos decisivos para la coyuntura continental: elección de un demócrata cristiano contra un "marxista" en 1964 en Chile, golpe de Estado "occidental" pronorteamericano en la Argentina en 1966.

El grado de influencia norteamericana resalta con mayor claridad en las cifras de militares que efectúan cursos en las escuelas o centros de entrenamiento de Estados Unidos. Nueva-mente, las variaciones en el tiempo y el espacio son demasado significativas como para caer en la tentación de formular conclusiones globales o definitivas. Las cifras totales de militares latinoamericanos que pasaron por las bases norteamericanas muestran un neto incremento a partir de la crisis cubana. De 1950 a 1965, 31 600 latinoamericanos habían realizado cursos en Estados Unidos o en la zona del Canal, fueron 54 270

<sup>10</sup> Contamos solamente estos tres programas y no, como hacen algunos autores, la ayuda económica de AID, que sirve para equipar a las fuerzas policíacas, *Food for Peace*, relacionadas con el "arma alimenticia" por no mencionar al *Peace Corps*. Si todo es militar, nada lo es más: a buen entendedor.

TABLA 2

Ayuda financiera de Estados Unidos (1953 - 1972)\*

Argentina	129,5	Ecuador	63,8
Brasil	265,2	Perú	120,2
Colombia	131,3	Uruguay	58,5
Chile	160,7	Venezuela	53,9

\* En millones de dólares, descontados los intereses  
 FUENTE: USA Agency for International Development, Statistics and Report Division, *US Overseas Loans and Grants Authorizations from International Organizations Obligations and Loans Authorizations, July 1, June 30, 1972*, Washington, mayo 1973.

TABLA 3

Evolución de la ayuda militar estadounidense\*

	Argentina	Brasil	Chile
Post War Relief	—	—	—
Marshall Plan	—	—	—
Mutual Security Act	3,0	170,6	47,4
	56,1	109,1	69,5
	27,3	30,6	10,2
	15,6	32,6	4,2
	11,4	36,2	7,8
	11,7	0,8	11,7
	0,6	0,8	0,8
	16,4	12,1	5,7
	20,3	20,8	12,3
Total (sin descontar intereses)	162,4	413,6	169,8

\*Ventas a crédito, donaciones y excedente, en millones de US\$  
 FUENTE: *US Overseas Loans and Grants* ... ob. cit., pág. 35.

en 1970 y 71.570 en 1975.<sup>31</sup> La distribución por país, como se ve en la Tabla 4, muestra disparidades no carentes de interés.

TABLA 4

Militares entrenados en Estados Unidos o en bases extranjeras de Estados Unidos (sobre todo, Panamá), para algunos países del continente.

	1950-1965*	1965-1970*	1950-1965-1970**	Total	Efectivos FFAA en 1970
Argentina	1375	1007	170	2808	137 000
Brasil	3632	2377	366	481	6856
Bolivia	208	202	1065	1183	2658
Chile	2064	489	549	1272	4374
Colombia	1694	432	1180	1323	64000
Ecuador	1222	316	1506	1240	4284
Perú	2306	584	1080	1037	5007
Venezuela	749	562	982	1785	4078
Guatemala	491	135	678	976	2280
Nicaragua	329	286	2494	855	3994

\* Entrenados en Estados Unidos

\*\* Entrenados en bases extranjeras de Estados Unidos

FUENTE: USA Defense Department 1967 y 1971, según tablas publicadas por Robert P. Case, "El entrenamiento de los militares latinoamericanos en los Estados Unidos", *Aportes* (París, octubre 1967) y "La asistencia militar de los Estados Unidos a América Latina", *Marcha* (Montevideo, 4 de julio 1972).

La Argentina, con el segundo ejército del continente, presenta una cifra de estudiantes igual a la de Bolivia (con un ejército seis veces menos nutrido) o Guatemala (cuyas fuerzas armadas totalizaban 9000 efectivos en 1960) e inferior a la cifra alcanzada por la Nicaragua de los Somoza, que cuenta con unos 8000 hombres bajo bandera. La historia militar, la capacidad económica, el nivel de desarrollo y la situación geopolítica de los diferentes países explican esas diferencias nada insignificantes.

Para medir el grado de "norteamericanización" de los  
<sup>31</sup> Según USA Defense Department 1967, 1971, 1975, en *Aportes*, París, octubre 1967), pág. 55; *Marcha* (Montevideo, 14 julio 1972); *ACLA Report* (Nueva York, enero 1976).

ejércitos latinoamericanos y la influencia de Estados Unidos, es necesario distinguir los tipos de cursos y conocer sus programas y orientación. Porque existen numerosas escuelas para *foreign military trainees* (FMT, aspirantes militares extranjeros), de diferente nivel y alcance, y es difícil juzgar a primera vista el impacto que ejercen sobre el oficial latinoamericano. No obstante, se sostiene que las escuelas del canal de Panamá, principalmente la célebre *US Army School of the Americas* (USARSA) de Fort Gulick, organizada en 1963, donde se dictan cursos en español y en portugués destinados a "brindar a los militares latinoamericanos una formación que les permita contribuir a la seguridad militar de sus respectivos países",<sup>32</sup> responde de manera directa a las concepciones de Washington en materia de división continental del trabajo militar. En estas escuelas se inculcan la ideología anticomunista y la filosofía contrarrevolucionaria. Por consiguiente, merece estudiarse la proporción de aspirantes formados en "las bases norteamericanas extranjeras de Estados Unidos." No olvidemos que en 1974 la USARSA homenajeó a su egresado número 30.000. Si bien los centros de adiestramiento ideológico más importantes son Fort Gulick y las escuelas del *Southern Command*, incluidas la *Inter-American Air Force Academy* de la *Albrook Air Force Base* para la aviación y la *Inter-American Geotic Survey School* de Fort Clayton, donde se pone el énfasis en las técnicas antiguerrilla, las escuelas situadas en Estados Unidos, siendo mixtas (FMT-norteamericanos) y más prestigiosas, le reditúan mayores beneficios políticos al Pentágono. Para los latinoamericanos, son más atractivos los cursos de infantería de Fort Benning (Georgia), los de Estado Mayor en Fort Leavenworth (Kansas) y sobre todo los del *Inter-American Defense College*, reservados a los oficiales superiores, que los del ghetto indígena de la *Caral Zone*. En última instancia, un curso antiguerrilla acompañado de un adoctrinamiento anticomunista simplista y grosero puede provocar reacciones antihorteamericanas; en cambio, un curso técnico de alto nivel para oficiales de artillería en una escuela militar de Estados Unidos no especializada en el adiestramiento de oficiales extranjeros, puede generar lealtades y una admiración ilimitada por el *American way of life*.

<sup>32</sup> Fernando Rivas Sánchez y Elisabeth Reitman Weigert, *Las fuerzas armadas de Chile. Un caso de penetración imperialista*. México, 1976, pag. 50.

Sea como fuere, es innegable que la USARSA, dedicada a preparar a los oficiales latinoamericanos para la guerra interna de acuerdo a las concepciones del Pentágono, dedica un tiempo desmesurado al anticomunismo y el adoctrinamiento proorteamericano. No sólo los cursos de guerra "contrarrevolucionaria" insisten en la denuncia del enemigo, sino que incluso los cursos técnicos (intendencia, radio, etc.) enfatizan la "amenaza comunista". El veinte por ciento del programa para oficiales versa sobre el comunismo. Los alumnos de Fort Gulick se ven inundados de panfletos en español, que no brillan por su sutileza ni su sentido de los matices y llevan títulos tales como: *¿Qué es el comunismo? Ilusión comunista y realidad democrática; Expansión del comunismo en América latina*, etc.<sup>33</sup> todo en el espíritu de la guerra fría. No cabe duda de que se trata de influenciar políticamente a los militares estudiantes.

El programa de ayuda militar trae el viraje estratégico de Kennedy y MacNamara (el futuro presidente del Banco Mundial era secretario de Defensa de Estados Unidos) tiene por finalidad convertir a los ejércitos de defensa hemisféricos en fuerzas de seguridad interior movilizadas contra la subversión comunista, que contribuyen de esa manera a la seguridad del "mundo libre". Es en esta perspectiva que los ejércitos del subcontinente son adiestrados en contrainsurgencia y *civic action*, es decir, en la participación en proyectos no militares útiles para la sociedad. La acción cívica, practicada por el ejército francés en Argelia con las SAS y los ingenieros militares, tiene por objeto acercar a los militares a las poblaciones más pauperizadas, donde la guerrilla puede germinar. Gracias a esta acción, el contraguerrillero debe moverse en el seno del pueblo como pez en el agua.

Para Estados Unidos, el objeto de estas inversiones militares es asegurar, con bajo costo, la seguridad de un continente que a partir de 1959 constituye una encrucijada de la guerra fría, encrucijada secundaria, por cierto, pero que merece especial atención. Con la cooptación de las élites militares continentales, el nuevo dispositivo permite transformar a los ejércitos latinoamericanos en "guardias nacionales" ganadas para las perspectivas estratégicas estadounidenses y, en última instancia, capaces de visualizar los problemas nacionales desde la óptica de los intereses del líder del "mundo libre". Las evaluaciones

<sup>33</sup> Idem y D. Eisenhower, *ob. cit.*, apéndice B.

oficiales de los programas de ayuda militar no dejan lugar a dudas en cuanto a su carácter altamente positivo para Estados Unidos. En 1970,<sup>34</sup> una comisión parlamentaria afirmaba que el MAP había contribuido a "fortalecer notablemente la defensa del mundo libre", sobre todo al "introducir eficazmente los dogmas antisubversivos en numerosos países amenazados" y había permitido "desarrollar la influencia militar en los países beneficiarios con una muy baja relación costo beneficio". Pero la política del "buen vecino uniformado"<sup>35</sup> va más allá de la defensa global del mundo capitalista. La diplomacia del relevo militar aparece como sustituto de la intervención directa de Estados Unidos. Así sucedió en Brasil bajo Goulart y en Chile bajo Allende: en Brasil antes de 1964, así como en Chile a principios de la década del setenta, a la vez que establecía un "bloqueo invisible" en torno a gobiernos considerados hostiles a los intereses norteamericanos, Washington manuvo e incluso incrementó la ayuda militar (Tabla 4). El embajador Lincoln Gordon, desde su puesto en Brasilia bajo el gobierno laborista de Joao Goulart, reconocía que la ayuda militar había sido "un medio primordial para estrechar relaciones con el personal de las fuerzas armadas" y "un elemento importante para influenciar a los militares brasileños en un sentido pro-norteamericano [...], factor esencial para limitar los excesos izquierdistas del gobierno de Goulart."<sup>36</sup>

Según el Departamento de Defensa de Estados Unidos, el objetivo de la ayuda militar no es tan sólo elevar el nivel profesional de los militares latinoamericanos en aras de la defensa común; el entrenamiento proporcionado por Estados Unidos debe en particular, "preparar a quienes lo reciben para compartir los beneficios con sus compatriotas cuando vuelven a sus países para ocupar puestos de mayor responsabilidad e

<sup>34</sup> *Report of the Special Study Mission to Latin America on Military Assistance Training*, Subcommittee on National Security Policy and Scientific Development, Committee on Foreign Affairs, H. Res. 143, 91st Congress, Washington D.C., mayo 7 de 1970, pág. 29.

<sup>35</sup> Elocuente formulación empleada por H.F. Waltrhouse, "Good Neighbours in Uniform", *Military Review*, 45 (2) (febrero 1965), págs. 10-18.

<sup>36</sup> *Gordon to Rusk, Arms Manu*, March 4, 1964, CFB vol. I, NSF, L.B. Johnson Presidential Library, Austin, Texas, citado por Phyllis Parker, *Brazil and the Quiet Intervention (1964)*, Austin, 1979.

influencia".<sup>37</sup> Así se comprende fácilmente que la política latinoamericana de Estados Unidos, en la época del informe Rockefeller (1969) y durante toda la era nixoniana, haya apostado al poder de los militares, "fuerza de progreso capaz de realizar cambios sociales constructivos",<sup>38</sup> es decir, en orden.

### Límites de la dependencia militar

Nadie niega la dimensión política de la ayuda militar norteamericana, si bien no existe una relación directa y mecánica entre los objetivos políticos buscados y el impacto real sobre los ejércitos del subcontinente. Dentro de Estados Unidos no han escaseado las críticas contra el carácter político antidemocrático de la ayuda militar. La opinión pública se ha conmocionado al ver a los tanques Sherman, de los stocks excedentes de la Segunda Guerra Mundial, derribar las puertas de los palacios presidenciales en el alba lívida de los golpes de Estado. En los *hearings* del Senado, testigos y políticos desatados han denunciado el adoctrinamiento anticomunista y contrarrevolucionario como la fuente del conservadurismo agresivo y putschista de los militares latinoamericanos.<sup>39</sup>

Es innegable que la difusión de una doctrina de guerra antiinsurreccional, al reforzar el alarmismo propio de la función militar, predispone a quien la recibe para la defensa intrasigente del *status quo*; la asimilación de todo deseo de cambio o reforma a la amenaza comunista deriva de este espíritu de cruzada generado por las tensiones coyunturales. Entre marzo de 1962 y junio de 1966 —en el apogeo de la crisis cubana— se produjeron nueve golpes de Estado en el continente. En ocho

<sup>37</sup> Department of Defense, *Military Assistance and Foreign Sales Facts*, Washington DC, mayo 1973, pág. 2.

<sup>38</sup> Nelson Rockefeller, *La calidad de la vida en las Américas (Informe presentado por una misión presidencial de los Estados Unidos al hemisferio occidental)*, agosto 30 de 1969, mimeogr. pág. 18-22.

<sup>39</sup> Véase por ejemplo US Congress, *United States Military Policies and Programs in Latin America* Hearings before the Subcommittee on Western Hemisphere Affairs of the Committee on Foreign Relations, United States Senate, 91st Congress, Washington DC, julio 1969.

instancias el ejército eliminó preventivamente a un gobierno considerado excesivamente débil frente a los movimientos populares o al "comunismo", o acusado, como en la República Dominicana y Brasil, de querer imponer reformas "subversivas".<sup>40</sup> En relación a ese período, no es exagerado hablar de la desnacionalización de los ejércitos del subcontinente. La Estanto-nación de la jerarquía de lealtades a la cual el oficial está sujeto por su profesión. Ciertamente, como señala Liddell Hart, que "en la mayoría de los ejércitos profesionales, el espíritu nacional fue un factor secundario en relación al espíritu militar, fruto del entrenamiento, la camaradería y el sentido de misión."<sup>41</sup> La Legión Extranjera francesa es un claro ejemplo de ello. Sin embargo, ¿es justo afirmar que, de no haber sido por las influencias norteamericanas, semejantes actitudes no habrían florecido entre los militares latinoamericanos, que sus tendencias conservadoras les han sido transmitidas e incluso impuestas desde afuera, que el militarismo continental llegan al extremo de afirmar, por ejemplo, que los militares latinoamericanos son sometidos por Estados Unidos a una estrategia "resocialización", para asumir roles políticos conformes a los intereses yanquis. Si Fort Gulick es "la universidad del golpe de Estado", los ejércitos del continente son meros títeres de la metrópoli.

Esta apreciación global y ahistorica de la dependencia militar latinoamericana y sus derivaciones políticas, enmarcada en una concepción instrumental del militarismo continental.

<sup>40</sup> He aquí la elocuencia cronológica:

Fecha	País	Presidente derrocado
marzo 1962	Argentina	Arturo Frondizi
julio 1962	Perú	Manuel Prado
marzo 1963	Guatemala	Ydigoras Fuentes
julio 1963	Guatemala	C. Julio Arce
septiembre 1963	Rep. Dominicana	Juan Bosch
octubre 1963	Honduras	R. Villada Morales
abril 1964	Brasil	José Goulart
noviembre 1964	Bolivia	Victor Paz Estenssoro
junio 1966	Argentina	Arturo Illia

<sup>41</sup> H. Liddell Hart, *L'Alternance militaire. Deterrent ou défense*, París, 1960, pág. 270.

poráneo, tiende a sobrestimar el éxito de la política "imperialista" y a la vez a negar las particularidades nacionales e individuales. Dejando de lado algunos datos anecdóticos —como el *breakfast* del asesor militar norteamericano con el general Castello Branco en la mañana del golpe de Estado de 1964 en Brasil— o no verificados —como el "misterioso" avión de la *US Air Force*<sup>42</sup> que supuestamente coordinó las operaciones militares del *putsch* de septiembre en Chile—, la relación entre el militarismo latinoamericano y la ayuda del Pentágono se funda en poco más que hipótesis o convicciones personales. No existe ninguna prueba estadística del incremento de las intervenciones militares en función de la ayuda recibida. El grado de democratización parece ser independiente de la importancia de la ayuda militar de Estados Unidos.<sup>43</sup> Las correlaciones entre las dos variables parecen poco significativas. En algunos países, en la década del sesenta, el deterioro de las relaciones entre civiles y militares parece estar acompañada por un incremento de la ayuda militar, pero en otros países y en el mismo período sucede exactamente lo contrario. Y a pesar del aumento sustancial de los fondos del MAP y el cambio de orientación de esa ayuda a partir de 1961, en la mayoría de los países no se observan cambios en la relación ejército-poder entre 1945-1961 y 1962-1970.<sup>44</sup>

Tomando como variable sensible la dependencia presupuestaria, vale decir, el porcentaje aportado por Estados Unidos al

<sup>42</sup> Véase "Chili, encore une preuve du rôle des USA dans le coup d'État. Un avion a coordonné toutes les opérations militaires du *putsch*", *Libération* París, 16 noviembre 1973).

<sup>43</sup> El problema ha dado lugar a muchas polémicas, algunas muy apasionadas, en Estados Unidos. Para conocer los datos, puede consultarse a John Powell, "Military Assistance and Militarism in Latin America", *The Western Political Quarterly* (junio 1965) y John Samuel Fitch, "The Political Impact of US Military Aid to Latin America", *Armed Forces and Society* (primavera 1979), págs. 360-386.

James Kuth ha demostrado que los seis países que recibieron mayor ayuda militar en el período 1962-1970 tenían regímenes desde conservadores militares (Brasil) a civiles moderados (Venezuela) y civiles progresistas (Chile). Véase James Kuth, "United States Foreign Policy and Latin American Military Rule" en Philippe Schmitter y col., *Military Rule in Latin America. Function, Consequences and Perspectives*, Beverly Hills, 1973, pág. 303.

<sup>44</sup> Según Philippe Schmitter, "Foreign Military Assistance, National Military Spending and Military Rule in Latin America", en Schmitter y col., *ob. cit.*, pág. 148.

presupuesto militar nacional, en 1965 Argentina, Venezuela y México conforman un grupo en el cual la ayuda norteamericana no llega a ser el tres por ciento del presupuesto, mientras que Brasil, Colombia y Chile financian alrededor del diez por ciento de su presupuesto militar con ayuda estadounidense.<sup>45</sup> Entre los golpes de Estado de 1962 y 1966, la Argentina se encuentra en la misma situación, a este respecto, que las "democracias" estables; el Brasil militarizado comparte la situación de los sistemas civiles considerados sólidos.

Es necesario evitar las mezcolanzas de países y amalgamas de situaciones. Los ejércitos de los países más grandes y desarrollados son los más "profesionales" y menos dependientes. Sus militares están menos sometidos que otros al adoctrinamiento ideológico dispensado en la USARSA de Fort Gulick: Brasil y Argentina, que no constituyen parangones de democracia estable, solo envían un número insignificante a la zona del Canal de Panamá, y menos aún a Fort Gulick (Tabla 2). En cambio, los ejércitos de los pequeños países centroamericanos, más sometidos a la férula norteamericana, carentes de escuelas militares de alto nivel y sofisticados sistemas defensivos, envían nutridos contingentes a la zona del Canal. Pero, nuevamente, se debe desconfiar de las conclusiones mecanicistas. Incluso en Panamá, para el período 1962-1970, si bien más de la mitad de los efectivos de la guardia pasaron por la zona del Canal, la oposición al cambio y a los intereses populares no parece haber sido la ideología predominante entre los militares. En efecto, el régimen de la guardia nacional, instaurado en 1968, desarrolló un posibilismo socializante cuyas decisiones y consignas ("Soldados, campesinos, machete y fusil unidos") no contaron con el beneplácito de las clases poseedoras. En este proceso tuvo gran peso la historia específica del país, marcada por esa herida colonial que representa la *Canal Zone*.

La ambivalencia del adoctrinamiento norteamericano resulta aun más evidente a nivel individual. Ya se sabe que los ex alumnos de las escuelas religiosas son a veces los anticlericales más virulentos; por otra parte, salvo que se postule un proceso de lavado de cerebro en el sentido clínico del término, no se comprende muy bien cómo un curso de entre cuatro y

<sup>45</sup> Cálculos efectuados por Alain Joxe, *Las fuerzas armadas en el sistema político* de Chile. Santiago, 1970, págs. 103-104.

<sup>46</sup> Pierre Gilhodes, *Essays de Parama*. París, 1972, cap. IV, "La garde nationale".

cuarenta semanas (duración de los cursos de la USARSA, para no tomar sino un ejemplo) podría alterar profundamente la conducta y los valores de un militar de entre veinticinco y cuarenta y cinco años de edad. Atribuir la orientación contrarrevolucionaria maniquea de estos militares únicamente a la influencia de las doctrinas *made in USA* revela, si no un error de perspectiva, al menos una excesiva generalización. Los militares brasileños son oficialmente antibolcheviques desde 1935, fecha de una sublevación abortada que ha ingresado al terreno de la leyenda: la *intención comunista*, cuyo aplastamiento de las fuerzas armadas celebran religiosamente, año a año. La obsesión antimaximalista de los argentinos se remonta a la "semana trágica" de 1919. Nada tuvo que ver el Pentágono en estos hechos. Como nada tuvo que ver en la cruenta represión de la sublevación campesina salvadoreña de 1932, caracterizada internacionalmente "soviética" por el dictador del momento, aprovechando la participación, real, del Partido Comunista en la misma, y que desde entonces utilizan los militares salvadoreños para justificar su presencia en el gobierno para administrar los intereses de la oligarquía.<sup>47</sup>

Doce de los quince generales y coronetes peruanos que iniciaron un proceso revolucionario y nacionalista en 1968, y que durará siete años, pasaron por las escuelas norteamericanas. El jefe de dicha "revolución militar", general Velasco Alvarado, así como su ministro de Relaciones Exteriores, general Edgardo Mercado Jarrín, son los primeros defensores de una política de independencia nacional que en nada responde a las expectativas del *State Department* y el Pentágono. Otro ejemplo nos lo brinda la trayectoria del célebre guerrillero guatemalteco, "comandante" Turcio Lima, muerto en 1966, a los veinticuatro años de edad. Este jefe del frente guerrillero "Edgar Ibarra" había sido teniente del ejército guatemalteco. Graduado de la Escuela Politécnica en 1959, ese mismo año es enviado a Fort Benning, Estados Unidos, para adiestrarse como *ranger* antiguerrillas, y seguir el curso de infante de marina. En 1960 participa

<sup>47</sup> Este análisis de las masacres de 1932, bajo la presidencia del general Hernández Martínez, fue desarrollado por Alejandro Marroquín en su artículo, "El Salvador en los años treinta". Pablo González Casanova, y col., *América latina en los años treinta*, México, 1977, págs. 145-159.

En cuanto a la participación y responsabilidad del Partido Comunista (cuyo secretario general era Farabundo Martí) en la insurrección de 1932, véase Roque Dalton y Miguel Mármol: *Los sucesos de 1932 en El Salvador*. San José (Costa Rica), 1979.

en una sublevarción de oficiales jóvenes y se convierte en jefe revolucionario castriista. ¿Cómo se explica semejante conversión? El mismo escribe, en una carta a su madre: "Puede parecer inexplicable que una persona como yo, que recibí una educación tan reaccionaria en la escuela, y luego estudié para cura y finalmente fue un militar con buenas calificaciones, se haya embarcado en esta vía...".<sup>48</sup> Sus partidarios recuerdan simplemente su humilde cuna y su "gran sensibilidad humana".

Uno de los escasos estudios sistemáticos realizados al respecto nos brinda unas conclusiones igualmente vagas. Según John S. Fitch, quien trabajó sobre una muestra más bien reducida, en el golpe de Estado ecuatoriano de 1963, que derrocó al presidente Arosemena, calificado de simpatizante castriista por Estados Unidos, el porcentaje de oficiales partidarios del golpe no era más alto entre los que habían recibido entrena- miento en Estados Unidos. Y, contra lo que era dable suponer, estos oficiales no ponían el acento en la "amenaza comunista".<sup>49</sup>

Hipóticamente puede suponerse que los oficiales que solicitan o aceptan realizar el curso de entrenamiento en las escuelas estadounidenses sienten alguna simpatía por ese país. Pero sus móviles pueden ser variados y contradictorios: adhesión al anticomunismo macarrista, o admiración por la mayor democracia del mundo, la que inspiró las constituciones de la mayoría de las constituciones del subcontinente. Estos dos ingredientes pueden ser complementarios o contradictorios. El alcance de la propaganda de las *orientation tours* en Estados Unidos, los regalos o los plañietos a la gloria del *American way of life* es muy limitado: en la mayoría de los casos es predicar a los conversos. La convicción previa puede seguir distintas vías. Muchos de los militares que participaron en el derrocamiento del presidente brasileño Goulart en 1964 recibieron instrucción en Estados Unidos,<sup>50</sup> pero es igualmente cierto que la mayoría de los oficiales que dieron el golpe junto al general Castello Branco habían formado parte del cuerpo expedicionario brasileño que combatió en Italia, en la Segunda Guerra Mundial, junto al ejército norteamericano.

<sup>48</sup> "Turcios Lima. La revolución, su raison d'être jusqu'à la mort". *Granma*, edición internacional (La Habana, 11 octubre 1970).

<sup>49</sup> John Samuel Fitch, *ob. cit.*, pág. 366.

<sup>50</sup> Alfred C. Stepan, *ob. cit.*, pág. 236-247.

La definición de las misiones de los ejércitos del continente por el Pentágono no ha suscitado más protestas militares que la integración atlántica entre los ejércitos de Europa occidental. Aquí, como allá, la alianza ha sido más o menos aceptada o discutida, pero existió unanimidad en cuanto a los objetivos. La ideología contrarrevolucionaria, que algunos países, por ejemplo Brasil, han erigido en verdadera doctrina de "seguridad nacional", pero que en la mayoría de los casos ha sido adoptada en sus variantes más rústicas, no fue impuesta desde afuera sino aceptada e incluso elaborada *in situ*. La colaboración militar de los Estados Unidos fue constantemente solicitada por los mismos Estados Mayores latinoamericanos. Así, en 1962, con ayuda del *US Army*, el ejército colombiano elaboró el plan antiguerrillero *Laso*. Y se sostiene que los militares chilenos querían llevar hasta el final el proyecto *Carmelot*, estudio realizado por los sociólogos de la *American University* de Washington a pedido del Pentágono para "medir las potencialidades de una guerra interna", cosa que no pudo hacerse debido al escándalo suscitado por la revelación pública de la existencia de dicho proyecto.<sup>51</sup>

Si bien la ideología hemisférica de la guerra contrarrevolucionaria y la casi desaparición del concepto de nación en beneficio de la defensa de Occidente han embotado los reflejos nacionalistas de las fuerzas armadas del continente, la norteamericanización creciente tiene "consecuencias perversas", más variadas y vastas de lo que suele creerse. Los programas de ayuda militar refuerzan la confianza institucional de los oficiales y la conciencia de su superioridad técnica y organizativa con respecto a los civiles. Los estudios estrictamente profesionales o tecnológicos convergen con el aprendizaje ideológico contrarrevolucionario. La ayuda y los préstamos, unidos al "efecto demostrativo" de una estructura defensiva basada en la producción y destrucción, redunda en exigencias crecientes en materia de adquisición de armamentos. En ocasiones, como muchos han señalado, el hecho de conocer el estilo de vida de los

<sup>51</sup> El proyecto *Carmelot*, del departamento de sociología de la muy poco civil *American University* de Washington fue denunciado por la prensa y el Congreso chileno. Existe abundante literatura al respecto. El trabajo más exhaustivo es el libro colectivo dirigido por Irving Louis Horowitz, *Rise and Fall of Profet Carmelot* (Cambridge, Mass.) 1967. El proyecto conmocionó a la comunidad científica latinoamericana, dispuesta desde entonces a ver un espía en cualquier sociólogo extranjero.

militares norteamericanos durante los cursos de entrenamiento engendra aspiraciones a un nivel de vida más alto entre los cuadros de los ejércitos más pobres. Richard Adams señala el caso de los militares guatemaltecos enviados a la *Caral zone*, donde reciben salarios muy superiores a los de su país.<sup>52</sup> Al volver a Guatemala, sus nuevas aspiraciones los impulsan a buscar fuentes de ingresos adicionales, sea a través de un puesto civil, sea en el sector privado, lo cual explica la existencia de numerosos oficiales-hombres de negocios y sobre todo grandes propietarios de tierras abiertas a la colonización por el Estado. Estas diferencias en cuanto a nivel de ingresos guardan relación con la participación de los militares en el mundo de los negocios, muy común en los países donde el ejército ha sufrido con mayor fuerza la influencia de Estados Unidos (sobre todo en Bolivia) y suele aferrarse vigorosamente al poder.

Pero en la actual situación la subordinación a Estados Unidos puede convertirse en arma de doble filo. Algunos ejércitos experimentan un sentimiento de frustración ante las misiones policíacas que les asigna el Pentágono en nombre de la estrategia de seguridad interna. En efecto, a partir de 1962, tras la redefinición de la estrategia hemisférica y hasta la presidencia de Reagan —con algunas excepciones bajo Nixon-Ford—, los sucesivos gobiernos norteamericanos, en el marco de su política de defensa continental, sólo venden armas livianas y vehículos útiles exclusivamente para operaciones limitadas de mantenimiento del orden. Apoyados por el Congreso y la opinión pública, se niegan a vender armas convencionales poderosas que pudieran perturbar la paz americana y poner en peligro su propia retaguardia.

En 1965, el ejército peruano debió enfrentarse a las guerrillas de tipo castrista con equipos en su opinión insuficientes; esto, unido a su papel en la vida nacional y la imagen que posee de sí mismo, difícilmente le permite aceptar las funciones subalternas impuestas por la "división interamericana del trabajo militar". De ahí su resentimiento hacia Estados Unidos, el cual, se dice, se negó a proveerle de napalm para las operaciones antiguerrilleras por temor a que utilizara estas bombas incendiarias contra un país vecino. Cuando Estados Unidos se negó a proporcionar esas armas, y luego aceptó hacerlo pero bajo condiciones

<sup>52</sup> Richard Adams, "The Guatemalan Military", *Studies in Comparative International Development* n° 5 (mayo 1968), págs. 91-109.

contrarias al principio de la soberanía, el Estado Mayor peruano respondió dirigiéndose a Europa para adquirir armas modernas,<sup>53</sup> es dable pensar que esta actitud constituyó la primera etapa de una política de afirmación nacional o, al menos, contribuyó a que los militares se decidieran a elaborar un proyecto nacional de desarrollo. Paradjicamente, la adquisición de armas modernas no sólo le permitió a Perú liberarse del proveedor único sino que, al desviar su atención de los problemas de la seguridad interna, ayudó a debilitar esa obsesión antisuver- siva que lo llevaba a identificar los objetivos militares con el mantenimiento del *status quo*.

En la Argentina, en circunstancias totalmente diferentes, bajo un régimen militar totalmente pronorteamericano, la insuficiencia tecnológica de la ayuda militar de Estados Unidos y su humillante contenido estratégico-ideológico llevan a los jefes del Estado Mayor, en 1969, a tomar distancia con respecto al Pentágono. A estos factores irritantes con respecto a Estados Unidos y su programa de ayuda militar se unen la provisión de material en mal estado, el control por parte del proveedor del tipo y utilización de los armamentos y su política de transformar a los ejércitos latinoamericanos, incluso los más "industrializados" y los que ponen mayor empeño en elevar su nivel tecnológico, en "policías coloniales", útiles para las operaciones antiguerrilleras pero desprovistos de material pesado y "sofisticado". A partir de estas consideraciones nace el *plan Europa*, que consiste en dirigirse a ese continente para pertrechar el ejército.

El plan se inicia en 1967 cuando la caballería, arma prestigiosa y punta de lanza del régimen presidido por el general de caballería Onganía, resuelve reemplazar sus tanques Sherman, de veinte años de antigüedad. Cuando Estados Unidos muestra escasa disposición a vender tanques livianos Walker-Bulldog M 41, los jefes del Estado Mayor viajan a Europa y contactan a la empresa francesa Schneider, la cual les vende sesenta tanques AMX 13 y les otorga licencia para construir material francés en la Argentina. Con el plan Europa, la Argentina busca dotarse de armas adquiridas libremente, y deshacerse del monopolio norteamericano y desarrollar la industria bélica.

<sup>53</sup> En octubre de 1967, Perú resuelve comprar quince aviones Mirage en Francia. Para un panorama general de los años sesenta, véase nuestro artículo, "Les ventes d'armes françaises en Amérique latine", *Politique aujourd'hui* (enero-febrero 1974), págs. 139-142.



ca nacional.<sup>54</sup> En la actualidad, Argentina y Brasil, los dos grandes de América del Sur, son importantes productores de armamentos. A principios de 1977, cuando el gobierno de Carter redujo la ayuda militar en el marco de su torpe política de derechos humanos, ambas naciones denunciaron inmediatamente el pacto de asistencia militar que les ligaba a Estados Unidos y del cual ya no dependían. Fabricaciones Militares de Argentina y el IMBEL brasileño, gracias a su propia tecnología y las licencias europeas, a través de la fabricación en serie, producen suficiente material para satisfacer sus necesidades nacionales y exportar. Los aviones Xavantes brasileños han sido adquiridos por algunos ejércitos del Viejo Mundo y los blindados Cascavel y Urutu, vendidos a Irak, tuvieron su bautismo de fuego contra Irán en septiembre de 1980.<sup>55</sup> Sin embargo, esta independencia militar no ha modificado las actitudes políticas de los militares de esos países. Las adquisiciones de material soviético por el ejército peruano bajo Velasco Alvarado tampoco alteraron el conservadurismo antireformista del general Morales Bermúdez, quien lo derrocó en 1975.

Esta reversibilidad política de la dependencia militar suele ser fruto de un exceso de tutela. En Bolivia, a fines de los años sesenta, la presencia escasamente discreta de "asesores" militares norteamericanos ayuda a fortalecer a un sector nacionalista del ejército, que en 1969 embarca al país en una experiencia de nacionalismo progresista. El descubrimiento de un foco guerrillero en los primeros meses de 1976 y el in-ter de los guerrilleros —Ernesto Guevara— siembran el descontento entre los oficiales del altiplano. Olvidando, quizás, que la ayuda norteamericana había permitido la rápida reorganización de las fuerzas armadas, reducidas a un estado esquelético tras la depuración efectuada por la revolución de 1952, y que Bolivia era uno de los países latinoamericanos más dependientes de Estados Unidos en cuanto a ayuda militar,<sup>56</sup> los oficia-

<sup>54</sup> Véase Alain Rouquié, *Pouvoir militaire et société politique en République Argentine*, París, 1978, págs. 595-597. (Edición en español citada, tomo II, págs. 779-280).

<sup>55</sup> En efecto, Brasil vendió 200 blindados Cascavel y 200 anfibios Urutu al ejército iraní. No se conoce su desempeño en el frente iraní, pero la prensa ha resaltado su presencia allí; véase "Para frente Cascavel", *Así* (1 octubre 1980).

<sup>56</sup> En cuanto al 15 y el 20 por ciento del total, pero esta cifra es poco elocuente si se

les bolivianos se sienten irritados, incluso heridos en su amor propio profesional, ante la injerencia de oficiales extranjeros en unas operaciones que el ejército nacional se considera capaz de realizar por su cuenta. La negativa a permitir la participación de Bolivia en un proceso de "colaboración militar" ampliada de tipo vietnamita es, quizás, uno de los factores que ayudan al surgimiento del trágico régimen revolucionario del general Juan José Torres.

#### Dependencia global y seguridad

Indudablemente, el carácter demostrativo de la hegemonía marcial y el empuje puesto en encontrar los responsables de la misma, llevan a sobrestimar el papel decisivo del componente militar en el dispositivo continental estadounidense. Es lógico, por otra parte, que voceros oficiales de Estados Unidos desploren de tanto en tanto la carrera armamentista latinoamericana, sobre todo cuando los ejércitos australes se dirigen a proveedores "extranjeros" para adquirir armas "sofisticadas". En realidad, las cifras de los gastos militares (Tabla 5) demuestran que América latina es un continente relativamente "desarmado". Si medimos el militarismo a base del porcentaje del PBI afectado a la defensa, los Estados europeos dedican más a sus ejércitos que sus pares latinoamericanos. Va de suyo que, para Estados Unidos, su coto de caza particular no es una zona de alta seguridad a la que se debe armar hasta los dientes, precisamente por tenerla al alcance de las manos del *South Com.*

Por otra parte, dada la importancia secundaria de los ejércitos para la potencia titular, la dependencia de las naciones australes es global y multiforme y no puede reducirse a su componente militar. Las naciones latinoamericanas forman parte de una red de influencias y vigilancia que trasciende de lejos el aparato defensivo. No se trata de que Wall Street, el Pentágono y la Casa Blanca presenten un frente monolítico *urbi et orbi*: justamente en América latina es donde las contradicciones entre en cuenta que todo el presupuesto nacional de esa época dependía de la ayuda directa de Estados Unidos.

nes internas de Estados Unidos resultan más visibles: la Alianza para el Progreso creada por Kennedy exigía que sus beneficiarios instauraran regímenes democráticos y reformadores, a la vez que la ayuda militar formaba ejércitos contrarrevolucionarios.

Es necesario relativizar el factor militar, en el marco de la omnipresencia norteamericana y la articulación incluso institucional de los intereses y las decisiones. En esas economías penetradas, cuyas burguesías están estrechamente asociadas a los intereses norteamericanos, es indudablemente abusivo repetir, con el ex presidente dominicano J. Bosch, que "el pentagonismo es el sustituto del imperialismo".<sup>57</sup> Los medios de presión económica de Estados Unidos contra los regímenes "naufragos" son múltiples y bien conocidos, desde las represalias tomadas contra Cuba a partir de 1969 hasta la cuarentena que terminó por ahogar al régimen de la Unidad Popular en Chile; de la suspensión de la ayuda económica en caso de expropiación de bienes norteamericanos sin "adecuada indemnización" (enmienda Hickenlooper) a la suspensión de importaciones y exportaciones, incluso de respuestos para la maquinaria industrial y de material cultural.<sup>58</sup>

Estos medios se completan con la ayuda económica selectiva a los sectores de oposición, como ocurrió en Brasil, cuando los gobernadores adversarios de Goulart recibieron la ayuda que Estados Unidos le negó a Brasil; o forras más discretas, como sucedió en el mismo Brasil y también Chile bajo Allende; la generosa financiación de las campañas electorales de los candidatos "buenos", como el democristiano chileno Frei en 1964,<sup>59</sup> por no hablar de la injerencia directa, incluso grosera, de embajadores que se comportan como auténticos precónsules: Braden en la Argentina en los primeros años del peronismo, Dungan bajo Frei (1964-1967) y Korry bajo Allende en Chile, Lincoln Gordon en tiempos de Goulart en Brasil.

<sup>57</sup> Juan Bosch, *El pentagonismo, sustituto del imperialismo*. México, 1968.

<sup>58</sup> En Chile se hizo gran publicidad en torno a los éxitos de Hollywood, de difusión supuestamente "prohibida" en el país. Esto formó parte de la guerra psicológica contra Allende, a cuyo gobierno se imputaba la frustración de los espectadores.

<sup>59</sup> La CIA entregó casi tres millones de dólares a las arcas de la campaña de Frei, sin que éste conociera, dice el rumor, el origen de sus fondos electorales. Véase US Senate, Select Committee on Intelligence Activities, *Covert Action in Chile, 1963-1973*. Staff Report, 94th Congress, 1975, págs. 9-15.

TABLA 5

Gastos militares y economías nacionales

	Gastos militares per cápita en \$		Gastos militares en porcentaje de PBI	
	1969	1966	1966	1969
Estados Unidos	393	8,5	8,5	8,6
Unión Soviética	164	8,9	8,9	8,5
Checoslovaquia	109	5,7	5,7	5,6
Gran Bretaña	100	5,6	5,6	5,1
Francia	123	5,0	5,0	4,4
Grecia	47	3,7	3,7	5,1
Portugal	35	6,3	6,3	6,1
Turquía	19	4,3	4,3	4,6
Suecia	138	4,2	4,2	4,0
Argelia	13	3,9	3,9	5,8
Irak	32	10,5	10,5	10,0
Israel	400	12,2	12,2	25,1
Egipto	25	11,1	11,1	13,3
Birmania	4	6,4	6,4	4,7
Vietnam del Norte	-	-	-	21,3
Vietnam del Sur	25	7,7	7,7	13,6
Nigeria	5	1,5	1,5	5,9
Argentina	18	1,5	1,5	2,6
Brasil	6	2,2	2,2	2,6
Chile	-	1,9	1,9	1,7
Colombia	6	2,0	2,0	2,0
Cuba	33	7,2	7,2	6,1
México	-	0,7	0,7	-
Perú	12	2,6	2,6	3,2
Venezuela	-	2,2	2,2	-

Fuente: *The Military Balance*, Londres, Strategic Studies, 1970.

Para completar, habría que agregar la inimitable (y poco eficaz) presencia de la CIA, algunos de cuyos secretos nos fueron develados por Philip Agee. En este terreno, evidentemente la cooperación de militares abiertamente anticomunistas y proyanquis es menos rentable que el control de sectores sindicales de la izquierda radicalizada, como hizo la "Compañía" en Ecuador antes de 1963.<sup>60</sup> Y cómo se puede afirmar que los ejércitos son los únicos caballos de Troya de Estados Unidos, sabiendo que un ministro del Interior boliviano resultó ser hombre de confianza de la "Agencia" (antes de convertirse en "corresponsal" del gobierno cubano) y que hubo fuertes sospechas de que un ministro de Relaciones Exteriores chileno (bajo Pinochet) había sido colaborador de la central Langley, Virginia.<sup>61</sup> Es verdad que corrieron las mismas sospechas respecto de un ex presidente venezolano y su homólogo mexicano, caracterizado, sin embargo, por su política nacionalista. Para terminar de ubicar el papel de la influencia militar norteamericana, es necesario recordar la ubicuidad de la influencia ideológica. ¿Qué es, si no, la campaña psicológica efectuada entre los militares a través de un cine, una televisión, una prensa y una publicidad que trasmite continua y universalmente los valores del *American way of life*?

Se trata de mostrar qué lugar ocupa cada cosa, evitando reducir la realidad a esquemas ideológicos o metafísicos complacientes. Es innegable que a partir de 1945 Estados Unidos ha tratado de convertir a los ejércitos latinoamericanos en una fuerza de reserva al servicio de sus intereses en el sentido más amplio, vale decir, estratégico. Pero esta política de más militar no basta para explicar el militarismo contemporáneo. La historia como conspiración sólo revela el partidismo de quienes la ven de esa manera. Ni la "mano extranjera" ni los "agentes revolucionarios foráneos" logran sus objetivos cuando no existe terreno propicio. Ni la flota norteamericana en la

<sup>60</sup> Philip Agee, *Inside the Company*, CIA Diary, Harmondsworth, 1975, págs. 130-145.

<sup>61</sup> Nos referimos a Antonio Arguedas, ministro del Interior y "doble agente", involucrado en el rocambolesco asunto del cine. Véanse sus declaraciones a Carlos Coocelo en *l'Express* (París, 29 junio 1970).

← En noviembre de 1978, el *Los Angeles Times* "reveló" que el señor Hernán Cubillo, a la sazón ministro de Relaciones Exteriores de Chile, "habría sido miembro de la CIA" (*Le Monde*, París, 16 noviembre 1978).

había de Río de Janeiro en 1964 ni el avión norteamericano que sobrevoló el Palacio de la Moneda el 11 de septiembre de 1973 explican la caída de Goulart o el derrocamiento de Allende. Son pocos los ejércitos, incluso en los "protectorados" del Caribe, que se someten pasivamente a las instrucciones de Washington. Los ejércitos, factores internos que poseen intereses corporativos específicos, responden ante toda a la dinámica social, en la cual la dependencia exterior es un elemento condicionante pero no explicativo.



## Capítulo 6

### Guardias pretorianas y Estado patrimonial

Como hemos señalado anteriormente, pocos generales dictadores del siglo XIX latinoamericano son militares profesionales. Estos elementos, pertenecientes a la categoría local de caudillos, son más precisamente "empresarios de la política" que emplean distintos medios —el más común es la fuerza, pero sin descartar la ideología— para enriquecerse y consolidar su poder personal. El gobierno pertenece al que es capaz de apropiárselo. Al no existir un Estado, el Estado está para ser tomado. El hacendado audaz hace de sus peones soldados, distribuye mauseres en lugar de azadas, "cosecha granos en tiempos de paz y recolecta hombres en tiempos de guerra".<sup>1</sup> Un jefe de montañas se autopromueve a general y, si la fortuna le sonríe, se vuelve uno de esos patriarcas de mano dura cuyas anécdotas pintorescas jalonan la historia del continente.

En Venezuela, en el siglo XX, el "general" Juan Vicente Gómez, que en 1908 le arranca el poder a su compadre Cipriano Castro, de quien había sido fiel lugarteniente, aprovecha el auge petrolero para modernizar al país y al Estado. Pero este andino, que a los quince años administraba la hacienda familiar en el Táchira, en la frontera con Colombia, desconfía del ejército, acepta la presencia de las misiones militares extranjeras muy a regañadientes y se aprovecha de sus mutuas rivalidades. Pensaba, con razón, que los oficiales de las fuerzas armadas modernas se contradecían con su estilo rústico y personal de gobierno. Hombres que dispondrían de una parte del poder sin deberle nada constituirían un peligro en potencia. Tan clara es su percepción de quiénes son sus enemigos que, con ayuda del petróleo, Gómez muere en su lecho en 1935, después de veintisiete años de dictadura.

Pero la confusión o, al menos, la identificación de dictadores con generales no proviene únicamente de los galones que

<sup>1</sup> Según la fórmula de Alberto Domingo Rangel, *Los Andinos en el poder. Balance de una hegemonía (1899-1945)*, Caracas, 1964, pág. 59.

estos déspotas tropicales se han auto-conferido. Es verdad que estas tiranías, tan sofocantes como estrictamente personalistas, tuvieron al ejército como instrumento y a los oficiales como principales beneficiarios. El pronunciamiento militar es una de las formas modernas de hacer política. La profesionalización y burocratización del ejército dificultan las locuras personales, pero éstas siguen muy vivas en la memoria colectiva. Y en determinados contextos nacionales u organizativos ha surgido un neocaudillismo cuyo estudio no carece de importancia para desentrañar la naturaleza del poder marcial.

En la irracionalidad aparente de la política continental se suele identificar al dictador con el general, justamente porque el estilo de gobierno de los caudillos uniformados no difiere en lo esencial del de sus homólogos civiles. En muchos casos del presente siglo ni siquiera aparece el elemento institucional, ya que muchos generales-presidentes parecen ignorar las normas impersonales y objetivas que rigen a las burocracias, sean civiles o militares. No han faltado, entre las dictaduras más pintorescas y barrocas, aquellas que han entregado el poder absoluto, golpe de Estado mediante, a algún oficial que ha pasado su vida en el cuartel. El general Hernández Martínez, en El Salvador, y el general Ubico, en Guatemala, no tienen nada que envidiarles a sus colegas no militares de países vecinos o regímenes anteriores. El salvadoreño, que gobernó a la minúscula república del istmo de 1931 a 1944 en beneficio de los grandes propietarios y masacró a unos 30.000 campesinos en 1932, hizo un gran aporte al "folklore oscuro de las tiranías centroamericanas".<sup>2</sup> Este teósofo convencido, siempre dispuesto a derramar la sangre de sus adversarios, sostenía que era más criminal matar a una hormiga que a un hombre, porque sólo éste tenía la posibilidad de reencarnarse. En la época en que Roosevelt pronunciaba sus charlas junto al hogar acerca de los objetivos del *New Deal*, el general brujo difundía por radio sus sesiones de espiritismo, donde respondía personalmente a las preguntas de sus auditores acerca de la metempsicosis y la curación milagrosa de todas las enfermedades.

No es nuestro objetivo indagar en estas manifestaciones más o menos delirantes de la teratología política. Tampoco

<sup>2</sup> Sergio Ramírez, "Balcanes y volcanes (aproximación al proceso cultural contemporáneo de Centroamérica)", en Edelberto Torres Rivas y col., *Centroamérica hoy*. México, 1973, págs. 336-337.

queremos detenernos en todos los tiranos de este siglo. Simplemente queremos estudiar un cierto tipo de autoritarismo a través de algunos casos recientes, cuyas repercusiones políticas aún se sienten en la actualidad. Queremos, en fin, comprender cómo las fuerzas armadas sustentan a las dictaduras personales, incluso dinásticas y en qué medida las tiranías patrimoniales caben en la categoría de regímenes militares. ¿Cuáles son sus verdaderas relaciones con el ejército, cómo se mantienen estas dictaduras a partir de que llegan al poder y cuál es la importancia del factor militar en relación a los demás recursos de poder? ¿Cuál es el grado de lealtad de las fuerzas armadas y cómo se la obtiene? Si los militares nacionales se transforman en guardia pretoriana de un déspota, ¿a que se debe la transformación y cuáles son sus límites?

Empezaremos, evidentemente, por el análisis de los "sultanatos" del Mediterráneo americano, donde surgieron tiranías ejemplares, algunas de las cuales subsistieron hasta hace muy poco, desde el seno de las guardias o ejércitos "apolíticos y apartidistas" creador por los *marines* en el marco de un protectorado de facto. La dinastía de los Somoza en Nicaragua, el despotismo de Trujillo en la República Dominicana y las presencias autoritarias de Batista en Cuba presentan características relativamente diversificadas y componentes militares específicos. Luego veremos cómo los regímenes autoritarios personalistas de América del Sur responden a mecanismos particulares de poder, propios de ejércitos estatales.

#### Nicaragua: la dinastía y sus guardianes

Ya hemos visto cómo Anastasio Somoza García —"Tacho"— tanto para sus amigos y protectores como para sus enemigos—, tenedor de libros y jefe del Partido Liberal, llegó a *jefe director* de la guardia nacional creada por el ocupante yanqui, gracias a que hablaba perfectamente el inglés y sabía hacerse querer. Hombre "franco y amable", dice Stimson, representante de Coolidge en Nicaragua.<sup>3</sup> En verdad, "Tacho" es tan jovial y sanguíneo como siniestro y bilioso será su hijo y sucesor "Ta-

<sup>3</sup> Richard Millett, *ob. cit.*, pág. 55.

chito", el último de la estirpe. El hijo es, además, un auténtico militar, graduado de West Point. Uno de sus adversarios dirá que "lleva el uniforme como una segunda piel".<sup>4</sup> En cambio, Tacho, o Somoza I, es un verdadero civil. Cuando recibe el mando de la guardia, esa fuerza auxiliar sólo tiene en su haber la persecución del *libertador* Sandino, en la cual Somoza I, sandinista, tras la partida de los *marines*, lo que le permitiría procurarse la lealtad del nuevo ejército. En efecto, Somoza empleará con extraordinaria habilidad el miedo que produce el "general de hombres libres" para unir a esta fuerza militar de pocos laureles en torno a su persona. Bajo la presión de los oficiales, que temen el revanchismo del jefe del "pequeño ejército loco", hace asesinar a traición a Sandino. Desde luego, no ignora la impopularidad que le acarrearán semejante acto para su futura carrera política, pero comprende que con este cuasi magnicidio sella un pacto de sangre con los oficiales y abierto: su control de la guardia es total, gracias a sus enemigos, que denuncian su crimen y su ambición y lo asimilan por tico del "asesino de Sandino", se lanza a una carrera desesperada contra el "jefe director": el premio es el control de la guardia civil constitucional, pero Somoza lo derrota colocando a sus hombres de confianza en todos los puestos de mando.

Al cabo del enfrentamiento, Somoza desplaza a Sacasa mediante el uso moderado de la fuerza y aparece como candidato único a las elecciones presidenciales, supervisadas por la guardia nacional. Resulta electo, a pesar de los clamores desesperados del presidente saliente y de la clase política ante un gobierno norteamericano que deja hacer. El Departamento de Estado y el Pentágono expresan tal confianza en su criatura, que ni siquiera se inmutan ante el populismo fascista del candidato de la guardia nacional en la campaña electoral. Mientras los "camisas azules" paramilitares siembran el terror en las calles de Managua, los discursos electorales "somocistas" se complacen en comparar al jefe director con Hitler y Mussolini.<sup>5</sup> Son

<sup>4</sup> Pedro Joaquín Chamorro, *Estirpe sangrienta: los Somoza*. México, 1978, pág. 67.

<sup>5</sup> Millet, *ob. cit.*, pág. 117.

pocos los diplomáticos norteamericanos que, como Bliss Lane, comprenden que la guardia nacional no es esa gendarmería apolítica que ellos imaginan sino un "híbrido norteamericano-nicaragüense" que constituye uno "de los principales obstáculos para el progreso en Nicaragua".<sup>6</sup>

Así nace la más prolongada de las dictaduras latinoamericanas, porque la familia Somoza reinó en su país de 1936 a 1979, es decir, más de cuarenta años. La muerte del dictador, asesinado por un opositor en 1956, no significó el fin de la dictadura. Luis, su hijo mayor, toma la carga paterna sobre sus hombros, con ayuda de su hermano Anastasio ("Tachito"), quien comanda la guardia y asume a su vez el poder supremo hasta que lo expulsa la insurrección sandinista, no sin haber abrigado la esperanza de ver a un tercer Anastasio, hijo suyo y oficial de la guardia, al frente de la empresa familiar. Porque se trata de la empresa Somoza e Hijos, más que de un asunto político.

El primer Somoza, fundador de la dinastía, pertenecía a una familia de clase media cuyo único patrimonio era un cafetal mal explotado. Se había ganado la vida mediante distintos oficios, tales como vendedor de automóviles usados en Estados Unidos, inspector de letrinas públicas (para la Rockefeller Foundation) y cafetero. Se dice que intentó hacer fortuna con los juegos de azar y la falsificación de moneda (dólares, desde luego).<sup>7</sup> Sea como fuere, en 1956 su fortuna estaba evaluada en alrededor de sesenta millones de dólares y la familia constituía el primer propietario terrateniente del país: 51 establecimientos ganaderos y 46 cafetales, además de propiedades en países vecinos, sobre todo en la limítrofe Costa Rica e incluso en México, por no hablar de sus 48 inmuebles en Managua. Decía el rumor que el 10 por ciento de las tierras cultivables en Nicaragua eran de su propiedad y que sus intereses industriales se habían diversificado enormemente. Los herederos de Somoza I no disiparon el imperio familiar, sino todo lo contrario. En 1979 la fortuna de Somoza estaba evaluada en 500 a 600 millones de dólares y comprendía la quinta parte de las tierras cultivables del país, las 26 primeras empresas

<sup>6</sup> *Idem*, pág. 184.

<sup>7</sup> Según William Keenan, *Democracia y tiranía en el Caribe*. La Habana, 1960, págs. 13-15, y Emiliano Chamorro, "Autobiografía", *Revista Conserudora* (Managua, nº 1 al 18), Citados por Jaime Wheelock, *ob. cit.*, pág. 150.

industriales e interés en otras 120 sociedades. Poseían las ocho primeras plantaciones azucareras y numerosos ingenios, con lo cual eran los mayores productores de azúcar y detenían el monopolio del alcohol. Controlaban en parte el banano, la carne, la sal y los aceites vegetales y monopolizaban la leche pasteurizada. No despreciaban ninguna fuente de ganancias: eran en su feudo los representantes de Mercedes Benz y otras empresas automovilísticas europeas, poseían la única empresa aérea nacional (LANICA), compañías de transporte marítimo y fuertes intereses en la industria textil y del cemento. El holding era administrado por un Banco de su propiedad y también controlaban una caja de ahorro y préstamo para la construcción inmobiliaria (CAPSA).<sup>9</sup> Evidentemente, este inventario preventivo está incompleto. Hasta el día de hoy se desconoce la magnitud total y exacta de los negocios del clan, teniendo en cuenta que había intereses norteamericanos en las empresas de la familia. La United Fruit y el extravagante multimillonario Howard Hughes aparecen con frecuencia asociados a las empresas Somoza. No obstante, se ha señalado que muchas compañías extranjeras preferían invertir en países vecinos, debido precisamente a la dominación somocista.

Más interesantes que esa lista son los medios con que se amasó esta fortuna espectacular, a cuyo servicio exclusivo parecía ejercerse el poder. Evidentemente, no se logró con trabajo duro y paciente ni con el ahorro, sino con la extorsión, el *racket*, la violencia y el fraude en todas sus formas. El acaparamiento de la riqueza nacional se origina con el contrabando de oro y mercadería importada, la adquisición a precio vil de ganado previamente inmovilizado o empresas oportunamente llevadas al borde de la quiebra por el gobierno o los amigos políticos del dictador. Evidentemente, la intimidación y el hostigamiento burocrático o físico jugaron un papel importante. El primer Somoza tenía la costumbre de cobrar comisión por el comercio exterior y por actividades más bien inconfesables como los juegos de azar, la prostitución y el contrabando. La guerra le permite requisar las propiedades de ciudadanos alemanes, con lo cual se inicia su expansión territorial.

La debilidad del desarrollo capitalista de Nicaragua indudablemente facilitó la dominación somocista. El Estado, o lo

<sup>9</sup> Según Alejandro Bendana, "Crisis in Nicaragua" *NACLA Report*, XII, 6, (noviembre-diciembre 1978), págs. 6-8, y Wheelock, *ob. cit.*, págs. 159-170.

que fuese ocupaba su lugar, había sustituido, en una época en la cual el dirigismo aún no estaba desacreditado, a un sector privado que había fracasado en el terreno bancario y de servicios públicos. La electricidad, los hospitales, los ferrocarriles, la empresa de agua corriente fueron otros tantos monopolios nacionales en los cuales el clan se apresuró a ubicar a parientes próximos o lejanos, beneficiando así los negocios del conjunto al poner a las empresas públicas al servicio de los intereses particulares de la dictadura. Esta confusión entre el Estado y los intereses familiares presta cierto fundamento a la afirmación cómica del último Somoza, quien dijo que, desde la época de su padre, Nicaragua era... ¡"un Estado socialista!"<sup>10</sup> Pero fue precisamente la insaciable avaricia de la mafia somocista lo que provocó su caída.

El boom del algodón en la década del cincuenta y luego las oportunidades creadas por el Mercado Común Centroamericano no para el desarrollo industrial dieron lugar al surgimiento de una burguesía local, la cual constituye varios grupos rivales del clan.<sup>10</sup> Las relaciones entre éstos y la hidra Somoza se deterioran a partir de 1967, con el acceso de "Tachito" al poder. La burguesía cuestiona los privilegios exorbitantes acordados a las empresas Somoza, cuyo "dinamismo" brutal e inescrupuloso frena su propio desarrollo. La brecha se acentúa tras el terremoto de 1972 y la forma en que la dinastía administra la ayuda internacional recibida: en lugar de distribuir el maná y ayudar a los grupos "privados" a salir de sus dificultades, Somoza acapara la ayuda, utiliza los fondos en su exclusivo beneficio, permite que sus amigos se apropien del producto de la solidaridad internacional y realiza malversaciones que afectan no sólo al pueblo. La burguesía pasa entonces a la oposición: la dinastía no garantiza los intereses de los poseedores. A pesar de su tradicional capacidad para la maniobra, la "familia", gracias a su avaricia suicida, otorga a los insurgentes sandinistas los medios para salir de su marginamiento y aislar al pulpo de la dictadura.

Si bien el primer Somoza podía decir, no sin razón, "el

<sup>9</sup> "Nicaragua, la voie 'socialista' de Tachito Somoza" *Le Monde*, 4 septiembre 1971.

<sup>10</sup> Esencialmente dos, que por su implantación regional y sus actividades corresponden a los dos grupos dominantes tradicionales, el conservador y el liberal. Los ganaderos y azucareros crean el grupo Banamérica (Banco de América), mientras que los cafeteros y algodoneros del noroeste y los comerciantes de Managua apoyan al Banic (Banco de Nicaragua).



Estado soy yo", el uso particular de la guardia nacional no deriva necesariamente de la debilidad de la organización estatal nicarragüense. En realidad, la lealtad de la guardia obedece a varios factores, algunos de ellos emparentados, siquiera de manera lejana, con la ética militar. En primer lugar, a partir del asesinato de Sandino, debido a su papel represivo y su carácter de cuerpo casi extraño e ilegítimo en términos nacionales, la guardia garantiza el poder de los Somoza a la vez que demostró la historia reciente. Los otros dos factores de la lealtad son el paternalismo y la corrupción de los oficiales. Este ejército escasamente estatal y carente de tradiciones contribuye la base del poder en la medida que sus cuadros gozan de privilegios y son cómplices interesados del enriquecimiento de la dinastía. No es necesario recordar que, a partir del primer jefe director, la familia está en la cúpula de la jerarquía y jamás ha cedido el control directo e interno del ejército a otros. "Tachito", hijo del fundador, hizo sus estudios militares en West Point y puede decirse que es el único cadete que recibió un ejército como regalo de fin de curso. Cuando llega al poder, pone a su medio hermano José al mando de la guardia, mientras que su hijo, "Tachito II", graduado de las academias norteamericanas y ascendido a capitán a los veinticuatro años de edad por los "servicios prestados a la Patria" durante el terremoto de 1972, comanda las tropas antiguerrilleras de elite.

A partir de 1967, cuando el último Somoza pasa a ejercer la presidencia efectiva, el gobierno parece una prolongación del ejército; ante las dificultades internas y externas, la dictadura se militariza, pero de manera *sui generis*. Como símbolo de los tiempos, el palacio presidencial, ubicado en la Loma de Tiscapa, en un cuartel de la guardia que domina a Managua a la manera de un castillo feudal. Gobierno, ejército y familia son uno solo. La confusión entre apartamientos privados, oficinas y burós militares revela el carácter del poder. Se emplea la delación y la vigilancia mutua para prevenir las conspiraciones militares, pero la fidelidad descansa sobre bases extrainstitucionales. El Somoza que dirige la guardia se comporta más como "padrino" que como jefe de Estado Mayor. Con el correr de los años se multiplican las funciones de esta fuerza, que es, además de ejército, policía, guardia de aduanas, fronteras y cárceles. Pero los mandos obtienen ingresos adicionales, ante los cuales el dictador hace la vista gorda. El acceso a los puestos más jugosos,

cuyos ingresos ilegales, sin punto de comparación con los modestos sueldos oficiales, son por todos conocidos en el seno de la guardia, depende de la lealtad y servilismo de los oficiales. Los mandos militares de las distintas ciudades tienen su precio, el comandante de Chinandega "Tejira" unos veinte mil dólares mensuales de los ingresos provenientes de la "protección" de bares, locales de diversion nocturna y garitos, permisos de portación de armas, contravenciones y multas varias.<sup>11</sup> El jefe del servicio de migraciones puede aspirar a una suma cuatro veces superior, lo mismo que su similar de los servicios centrales de policía. Gracias a las prebendas oficiales por todos conocidas, estos oficiales cortesanos se vuelven millonarios en córdobas y dólares. Dado que el dictador puede forzar el retiro de cualquier oficial en cualquier momento, la prosperidad de éstos depende directamente de sus servicios al clan. Tanto más por cuanto los oficiales en retiro, en función de su lealtad, pueden aspirar también a puestos civiles con ingresos similares a los militares. Las empresas de la dinastía y los servicios públicos están plagados de oficiales superiores retirados que desempeñan importantes funciones sin poseer las calificaciones que éstas requieren. Pocos días antes del derrumbe del régimen, un observador señalaba que la mitad de los miembros del consejo de administración del Banco nacional eran oficiales retirados, "cuyos conocimientos de asuntos bancarios cabrían en la cabeza de un alfiler".<sup>12</sup>

Esta complicada red de factores militares y burocráticos, de intereses económicos y gangsterismo liso y llano, forma parte de los cimientos del sistema somocista. Los soldados, en su mayoría semianalfabetos, son las primeras víctimas de las malversaciones practicadas por los oficiales: mal vestidos y mal alimentados debido a las "deducciones" practicadas por sus jefes y, según un oficial desertor, mal equipados, con pertrechos de calidad inferior debido a los sobornos que reciben los encargados de hacer las compras.<sup>13</sup> Pero en el caso de la tropa, el paternalismo sustituye a la eucaristía y sirve para reforzar la lealtad. En las últimas campañas contra los sandinistas,

<sup>11</sup> J. A. Robleto Siles, *Yo deserté de la guardia nacional de Nicaragua*. San José (Costa Rica), 1979, pág. 189-191.

<sup>12</sup> "A Loyalist Test for the Guard", *Newsweek*, 16 julio 1979.

<sup>13</sup> Robleto Siles, *ob. cit.*, pág. 52.

cuando los borcegués de los guardias se pudieron tras la primera mojadura, el capitán "Tachito II", hijo de Somoza, distribuyó botas nuevas, de buena calidad, fabricadas en Estados Unidos. . . ¡como regalo de Navidad! Los Somoza están al tanto de los problemas personales y familiares de sus soldados, quienes, por su parte, pueden solicitar ayuda en caso de necesidad. Este trámite no tiene nada de burocrático e impersonal. Los soldados saben que Somoza "no los abandonará". Los hombres de la tropa y los grados subalternos tienen fácil acceso al "bunker" presidencial y al jefe del clan, con absoluto desprecio por la jerarquía y la etiqueta militar, por cuanto son los encargados de vigilar a sus superiores. Las ordenanzas y reglamentos militares ceden frente a la voluntad del príncipe. La jerarquía no obedece a la antigüedad y el mérito sino a los vínculos con el dictador y su familia. Muchos oficiales y políticos han denunciado las violaciones del principio de disciplina. Esta dictadura aparentemente "militar" desmilitariza al ejército, corrompiéndolo y socavando el verticalismo jerárquico. En verdad, la guardia nacional nicaragüense no era un ejército como los demás.

A pesar de la represión sangrienta e indiscriminada que acompañó a los últimos estertores del régimen en 1979, sería erróneo creer que el régimen de los Somoza pudo mantenerse exclusivamente mediante el terror impuesto por los pretorianos. Si bien la dictadura siempre recurrió a un alto grado de violencia, difícilmente hubiera podido aterrorizar a un pueblo entero durante casi cuarenta y cinco años. Por otra parte, la sola represión no explica cómo la dinastía pudo sobrevivir a la muerte del tirano fundador, si bien la oleada represiva que siguió al asesinato del patriarca, en 1956, fue especialmente violenta para acallar todo atisbo de oposición. Es entonces que el carácter patrimonial del sistema aparece en toda su crudeza: no sólo los dos hijos del dictador entran a ocupar su lugar, sino que las mazmorras del palacio presidencial se llenan de prisioneros destacados, que son torturados incluso en los cuartos privados de la familia. En esos interrogatorios participa "Tacho II", jefe de guardia, quien no desdeña el papel de verdugo.<sup>14</sup> La violencia política oficial alcanza un pico en la campaña elec-

<sup>14</sup> Pedro Joaquín Chamorro habla con conocimiento de causa. El director de *La Prensa*, cuyo asesinato en 1978 precipitó la ofensiva final contra la dinastía, había sido torturado en la "sala de castigo" del palacio por el mismo Tachito, tras el asesinato de Tacho en 1956. Chamorro, *ob. cit.*, pág. 67.

toral de 1967, del cual ya no volverá a bajar. En esas disputadas elecciones, el candidato Somoza (Anastasio Somoza Debayle, quien detenta el poder hasta 1979) se impone gracias al fraude y sobre todo mediante el empleo de los paramilitares para masacrar a los partidarios de su antagonista.

La dinastía ha recurrido a distintos medios políticos. La astucia ladina del primer "padrino", que sabía cómo ganarse las voluntades burlándose de sus adversarios, indudablemente jugó un papel,<sup>15</sup> pero los medios políticos y sociales propiamente dichos merecen un análisis. A pesar de su prigen plebeyo y de su colaboración con el ocupante extranjero, Somoza I, por un casamiento ventajoso obtiene cierta legitimidad social en el seno de la clase dirigente de Nicaragua. Se asocia a los Debayle y a los Sacasa, es decir, la oligarquía liberal. Valiosa hazaña en una sociedad donde el padrinazgo juega un papel importante. Los abujados y partidarios incondicionales de la familia Debayle apoyan al dictador por razones que poco tienen que ver con su política. Por otra parte, la dinastía sabe aprovechar el bipartidismo tradicional. Al apropiarse del Partido Liberal, al cual estaba vinculado política y socialmente, Somoza crea una red de clientes y de control político, paralela a la del ejército. Paradójicamente, el hecho de que el Partido Conservador a partir de Díaz, se haya vinculado estrechamente a Estados Unidos, sirve para minar la credibilidad de la oposición. La debilidad y las características propias de la clase dominante nacional han dado lugar a numerosos acuerdos entre la oposición y la dictadura, para legitimar periódicamente el poder de los Somoza. Porque encima de las serias dificultades y el complejo itinerario político de la familia, el régimen se esfuerza constantemente por mantener una fachada constitucional.

El primer Somoza, asesinado en una fiesta en el Club Obrero de León, y que a su paso solía distribuir botellas de aguardiente recurrió al populismo para mantenerse en el poder. Tras la Segunda Guerra Mundial recibe "el apoyo inesperado del Partido Comunista, por haberse aliado dócilmente con Estados Unidos; esto le permite superar la grave crisis de posguerra, que no perdona a sus vecinos Hernández Martínez y Ubico, al promulgar medidas sociales que dividen a la oposición. El gobierno crea sindicatos oficiales y promulga un código

<sup>15</sup> Chamorro relata algunas de las "bromas" pesadas del primer Somoza a sus adversarios, miembros de la gran burguesía, *ob. cit.*, pág. 142.

de trabajo altamente progresista, a ser aplicado con preferencia en las empresas de los adversarios del régimen. Con todo, en 1947, bajo la presión de Estados Unidos, Somoza I acepta pasar las riendas. Hace elegir como su sucesor a Argüello pero lo expulsa cuatro semanas más tarde cuando el nuevo presidente intenta emanciparse de su padrino, quien aun detenta el mando de la guardia. El títtere dura tres meses. "Tacho" emienda la constitución para hacer "alegrir" a otro de sus ahijados, su tío Víctor Román Reyes, quien ocupa la presidencia hasta su muerte, en 1950. Cansado de maniobrar, el dictador cambia nuevamente la constitución y, tras pactar con el Partido Conservador, se hace elegir por el Congreso para un período de seis años. A su muerte, Luis, de quien se dice que tiene cabeza para la política, es "elegido" presidente. En 1963, tras la muerte de Luis, "Tachito" no puede acceder de inmediato al trono debido a la presión norteamericana: es la época de Kennedy y la Alianza para el Progreso. René Schick, un comparsa, ocupa la presidencia y trata de ampliar las bases de poder de la familia. Una brisa de liberalización recorre el país. El fogoso general —e hijo directo, se dice, del patriarca asesinado— no soporta más su situación y se hace elegir presidente en 1967. Parece haber obtenido menos votos que su adversario conservador: en tal caso, bajo los Somoza, basta con invertir las cifras o confundir los candidatos. ¡Para que están, si no, los escrutadores leales!<sup>16</sup> En 1970, un nuevo acuerdo con los conservadores permite restaurar la fachada representativa del sistema. Somoza es reemplazado por un triunvirato provisional e impotente hasta el terremoto de 1972, cuando el general se pone a la cabeza del "Comité nacional de urgencia" y aprovecha la circunstancia para sumir la suma del poder.

Nadie ignora lo que el clan le debe a Estados Unidos. Es muy efluente al respecto la añagura de "Tachito", abandonado por su protector en 1978. Sin embargo, no es cierto que los sucesivos dictadores fueron títeres o meros instrumentos de los planes de Estados Unidos. En tal caso, lo más probable es que un oportuno golpe de Estado hubiera permitido a Estados Unidos deshacerse de un socio tan molesto. En realidad, Somoza y los Somoza supieron servirse de Estados Unidos para mantenerse en el poder y desartar a sus adversarios

<sup>16</sup> Esto ocurre en las oficinas de escrutinio o en el tribunal electoral. Chamorro, *ob. cit.*, pág. 59.

internos o externos. Dada la importancia decisiva de las relaciones con el gran protector, la propia familia suministra a los representantes diplomáticos en Washington. El embajador Sevilla Sacasa, yerno de "Tacho" y cuñado de "Tachito", permaneció en su puesto en la metrópoli durante prácticamente toda la etapa de la dinastía y llegó a ser el decano del cuerpo diplomático en Washington. Por otra parte, los Somoza defienden sus intereses en Washington mediante un lobby costoso pero eficaz. En 1975, el general decreta un presupuesto oficial de 500.000 dólares anuales para conservar el favor de los norteamericanos:<sup>17</sup> los principales abogados son N. Cramer, ex diputado por Florida y Fred Korth, ex ministro de Marina; mientras que los representantes John Murphy, de Nueva York, y Charles Wilson, de Texas, pueden reunir los votos de algunas decenas de congresistas en caso de necesidad. Los embajadores de Washington en Managua, lejos de comportarse como pro-cónsules, aparecen como empleados del clan, al que defienden ante el Departamento de Estado y con el cual suelen mantener relaciones comerciales. El célebre embajador Wheelan, "Tom" para su amigo "Tacho" y un "verdadero padre" para "Tachito", malogra, gracias a su apoyo incondicional a la dictadura, la política del "buen vecino" de Roosevelt. Más cerca de nuestra época, Turner Shelton, embajador en Managua bajo Nixon, da apoyo irrestricto a los Somoza, en contradicción con la política, más prudente, del Departamento de Estado<sup>18</sup> y la Casa Blanca.

La dictadura hereditaria de los Somoza corresponde más a las estructuras de la *Cosa nostra* siciliana o neoyorquina que a los valores y mentalidad militares. Sin embargo, es importante constatar que este régimen, que dista de ser único en su género, fue creado por un cierto tipo de fuerza armada.

<sup>17</sup> Según A. Klement, "Feds Target Foreign Agents", *The National Law Journal* (25 agosto 1980), citado por Made-France Tomes, "Le Lobby latinoamericano à Washington", *Problèmes d'Amérique latine*, no 60 (2do. trimestre 1981), pág. 77. Esta suma oficial nos parece demasiado modesta. Indudablemente, es sólo el pico del tiempo.

<sup>18</sup> Millert, *ob. cit.*, págs. 235-237 y 241.

## República Dominicana:

### el generalísimo y la ley del "primer combatiente"

El acceso al poder de Rafael Leónidas Trujillo, jefe del ejército dominicano por la gracia de los *marines*, no difiere grandemente del de Somoza. Hay un extraño paralelismo en la forma en que ambos ejercen el poder. El régimen de Trujillo, jefe de clan y empresario, que se apoya en el ejército del cual ha surgido, se caracteriza por el gangsterismo más descabrado. Tras acceder muy rápidamente, desde el interior, a la cúpula del ejército creado por Estados Unidos, Trujillo, candidato a presidente, es elegido sin oposición en 1930, gracias a una campaña terrorista realizada por grupos paramilitares adictos. A partir de entonces, un caudillo único reemplazará a los numerosos e inestables caudillos de antes de la ocupación norteamericana; como ellos, el generalísimo tendrá un ejército propio, pero en este caso será el ejército nacional.

Trujillo, al igual que los Somoza, no deja de respetar cierta legalidad constitucional: para ello, cede la presidencia a títeres y servidores leales. Peynado lo sucede en 1938, y luego Troncoso completa el mandato de Peynado a la muerte de éste. Tras un nuevo mandato directo de diez años, iniciado en 1942, Trujillo nombra a su hermano Héctor para la presidencia; éste renuncia en 1960 y es reemplazado por Joaquín Balaguer, un incondicional que debe todo al *benefactor*. Trujillo se retira del poder civil pero conserva el militar. Ministro de Guerra bajo Troncoso, se hace nombrar comandante en jefe de las fuerzas armadas por su hermano en 1952.

Al igual que los Somoza, Trujillo es hombre de familia, la cúpula del ejército está atiborrada de parientes suyos. La enumeración de esta jerarquía familiar no carece de amplitud ni de rasgos pintorescos. Entre sus hermanos, Héctor fue jefe del Estado Mayor y ministro de Guerra, Aníbal, jefe de Estado Mayor, Virgilio cumplió la delicada función de ministro del Interior, Arismendi fue general de división. Los cuñados José García y José Román Fernández y los sobrinos José García Trujillo y Virgilio García Trujillo fueron generales u oficiales superiores y ocuparon importantes puestos de mando. De sus hijos puede decirse que nacieron oficiales. Radhamés fue comandante honorario a la edad de jugar a las bolitas, mientras que el futuro *playboy* Ramfis fue nombrado general

de brigada a los nueve años.<sup>19</sup> Llegó a haber varias decenas de parientes de Trujillo en la jerarquía superior del ejército.

El control de la economía dominicana por el *benefactor* no le va en zaga al de la nicaragüense por el clan Somoza. Ciertos estudios, que han tratado de violar el secreto comercial, atribuyen a Trujillo el cincuenta por ciento de las tierras cultivables, ciento diecinueve empresas que abarcaban el ochenta por ciento de la facturación comercial de la capital, bautizada Ciudad Trujillo. Indudablemente hay algo de exageración interesada, pero lo cierto es que Trujillo tenía el monopolio del tabaco (empresa estatal pero, ¿dónde comienza el Estado y dónde terminan los intereses de Trujillo?), de la leche pasteurizada, el cuasi monopolio del azúcar y fuertes intereses de los dos compañías marítimas. Posee un Banco, supervisa la importación de productos farmacéuticos, etcétera. Hacia 1960, cuando el producto *per capita* de la República Dominicana era de 200 dólares, la fortuna familiar estaba estimada en quinientos a ochocientos millones de dólares. Algunos comentaristas consideran que el control sofocante de la economía dominicana por Trujillo era un medio de control político: sostienen que entre el setenta y el setenta y cinco por ciento de la población asalariada trabajaba en los servicios-públicos o en las empuesas del trust Trujillo y, por lo tanto, se encontraba a su merced. De esa manera, el dictador podía quitarle los medios de subsistencia a cualquier presunto adversario.<sup>20</sup>

Los privilegios de que goza el ejército, para el cual Trujillo es, si no el "primer combatiente" (¿contra quién?), al menos el *benefactor*, y la corrupción de los oficiales superiores, aseguran la fidelidad de los militares. El carácter familiar de la alta jerarquía refuerza el aislamiento de los militares, mal vistos por las clases dirigentes tradicionales, para las cuales los oficiales son "colaboradores" del ocupante extranjero y Trujillo un advenedizo indeseable. El tirano del Caribe carece de la legitimidad social y política de Somoza. Para suplir esta carencia, cuenta con policías, secretas y públicas, y con numerosos cuerpos paramilitares.<sup>21</sup> El ejército es una creación de Trujillo y la

<sup>19</sup> Según Howard J. Warda, *Dictatorship and Development. The Methods of Control in Trujillo's Dominican Republic*. Gainesville, 1968, pág. 50.

<sup>20</sup> Juan Bosch, *Trujillo. Causas de una tiranía sin ejemplo*. Caracas, 1961, págs. 147-148.

<sup>21</sup> Sus nombres son sugestivos: Cocoyos de la Cortillera, Legión Extranjera, Jinetes

oposición lo identifica con el déspota. La megalomanía trujillista, su amor por las grandes obras públicas y de infraestructura no desagravan a los militares, que obtienen sus beneficios de las mismas. No obstante, el ejército es vigilado estrechamente. Ni siquiera los hermanos son deñar de ahí el marginamiento de Virgilio y Arismendi, demasiado populares entre los militares y la policía. Inspectores especiales paran la oreja en los cuarteles. Este ejército de guerra interna, empleado principalmente contra la oposición, está desarmado; las armas se guardan en arsenales, cuyas llaves están en manos de hombres de confianza. Trujillo tenía razón al desconfiar del ejército.

El imponente aparato policial y la dominación económica no agotan los recursos políticos de Trujillo. Si bien es dudosa la eficacia del culto que todos los habitantes de Trujillo-landia (la capital y el pico más alto del país llevan su nombre) rinden a su persona, como también la de los slogans tipo "Trujillo, tú eres nuestro Norte" y de los múltiples títulos de nobleza que le otorga la adulación de sus cortesanos, no puede decirse lo mismo del nacionalismo. Con medios brutales y una propaganda incesante, Trujillo busca forjar la identidad nacional de los habitantes de la mitad oriental de la antigua España, contra los ciudadanos, mayoritariamente negros (y, más importante aún, francófonos), de la otra mitad. Así, en 1937, deja masacrar a quince mil inmigrantes haitianos. El clientelismo, en sus formas moderna y tradicional, juega un importantísimo papel, no sólo con las élites sino también con los humildes. Las "jornadas de lealtad" organizadas por empresa no sólo eran ritos de cumplimiento obligatorio sino un medio para cooptar líderes. Trujillo era padrino y patrón de centenares de niños campesinos, cuyas familias, en virtud del *compadrazgo*, se sentían obligadas para con el dictador, quien por su parte sabía ser generoso cuando la ocasión lo requería.

En 1951 se crean los sindicatos estatales y un esbozo de partido único, mero apéndice de la administración patrimonial, pero esta variante caribeña del despotismo oriental no podía contar sino con una organización coherente y permanente: el ejército. Es precisamente de su seno de donde provienen los adversarios que en la noche del 30 de mayo de 1961 asesina-

rán al inextinguible tirano. El asesinato, que cuenta con la colaboración técnica de la CIA estadounidense, fue perpetrado por hombres del serrallo: hombres de negocios, un senador, un ex alcalde de Ciudad Trujillo, generales y oficiales del Estado Mayor personal del dictador. Los signos de malestar y conmoción ya se venían manifestando en el ejército y principalmente en la Fuerza Aérea, estrechamente vinculada a Estados Unidos. A los ojos norteamericanos, el asesinato de Trujillo, simultáneo con la invasión de Playa Girón —destinada, según sus instigadores, a poner fin al régimen castista—, tenía la virtud de establecer el equilibrio entre los dos extremos, de acuerdo a la política de Kennedy para el Caribe. Es verdad que su activismo en la región, principalmente el atentado fallido contra Rómulo Betancourt, el presidente socialdemócrata de Venezuela, le habían valido a Trujillo algunas sanciones en la Organización de Estados Americanos; en esa época, dichas medidas generalmente precedían a la intervención directa de Estados Unidos.

La operación política norteamericana, aparentemente exitosa en un primer momento, busca mantener el trujillismo sin Trujillo, así como en 1979 Carter y sus asesores tratan vanamente de instaurar un somocismo sin Somoza en Nicaragua. Pero la elección del socialdemócrata Bosch en 1963 provoca un golpe de Estado por parte de los elementos militares leales a la dictadura y temerosos por su propio futuro. Sigue una serie de contragolpes de otros sectores del ejército, hasta que en 1965 desembarcan los marines. La intervención ordenada por Johnson tiene por objeto poner fin a la guerra civil en beneficio de las fuerzas pronorteamericanas y del hombre de confianza de Estados Unidos, como antes lo había sido de Trujillo: Joaquín Balaguer. Este se hace elegir en 1966, reelegir fraudulentamente en 1970 y 1974 e indudablemente se hubiera hecho "reelegir" en 1978, con el apoyo del ejército, aunque el veredicto de las urnas le resultaba adverso, pero Washington, perseguido por el espectro de la democracia, amenazó con tomar severas represalias. Balaguer, ex ministro y vicepresidente trujillista, se proponía, sin mediar la intervención de Estados Unidos, prolongar a perpetuidad, bajo formas más "potables", la era de Trujillo a veinte años de la muerte del dictador.

El ejército, profundamente dividido a partir de 1961 y desgarrado en 1963 y 1965, comprende tendencias muy diversas: desde la mayoría neotrujillista hasta un sector castista,

encabezado por el coronel Caamaño, jefe de la sublevación de 1965. Y que muere en 1973 al tratar de desembarcar en la isla. Según las opiniones más calificadas, "el ejército creado por el dictador sólo cumplía funciones políticas y estaba integrado por "corrientes que competían entre sí por las migajas del poder", es decir, escasamente motivadas por consideraciones de índole ideológica. Militares depredadores más que militares reformistas, como lo demuestran los virajes de los jefes del ejército entre 1963 y 1965: esto se corresponde perfectamente con el carácter de un ejército preestatal, nacido en el seno de una tiranía interminable.

### Cuba: la risa del sargento

En Cuba, virreinato azucarero y semiprotectorado de Estados Unidos, las relaciones entre el ejército, creado por ese país, y el Estado fueron completamente disíntas. La descolonización tardía tuvo, al menos, la ventaja de darle al país una clase política surgida en la guerra de independencia contra España. El ejército heredado de los *marines* no es el único grupo coherente. La legitimidad independentista abarca, entre otros, a los veteranos de 1895. Además, el ejército, desde su nacimiento en 1906, es controlado por el Partido Liberal —como en Nicaragua—, que busca a los generales entre sus hombres de confianza. Fue así como Cuba tuvo su primer hombre fuerte, quien estuvo cerca de instalarse en el poder por mucho tiempo. Con el "general" Gerardo Machado, el ejército irrumpió decisivamente en la vida política cubana. Este destacado liberal de Santa Clara, ex carnicero y ladrón de caballos,<sup>23</sup> es nombrado inspector general del ejército por el presidente Gómez, tras la rebelión de 1906. En 1924, ya próspero hombre de negocios —según algunos, testaferro de empresas norteamericanas—, es elegido presidente en forma más o menos legal. Su gobierno se caracteriza por grandes dificultades económicas,

<sup>23</sup> Tesis de Abraham Lowenthal, "The Political Role of the Dominican Armed Forces", en *Armed and Politics in Latin America*. Nueva York, 1976, págs. 314-316.

<sup>24</sup> Hugh Thomas, *Cuba or the Pursuit of Freedom*. Londres, 1971, pág. 568.

pero sobre todo por la corrupción y la supresión de las libertades. Machado promete a todos el oro y el moro, deja enterver el inicio de una era de prosperidad, pero demuestra ser un dictador dispuesto a asesinar a sus enemigos y especialmente a los dirigentes de la oposición obrera. Este mandatario decepcionante ama el poder y, a pesar de su creciente impopularidad, en 1928 convoca a una asamblea constituyente que lo reelige por seis años. La instauración de la dictadura, que coincide con la gran depresión, provoca una oleada de agitación social y política multiforme que parece conducir a una revolución.

Machado reacciona ante la situación de acuerdo a su estilo de gobierno, es decir, reprimiendo las movilizaciones populares por las armas. En 1929 manda asesinar al dirigente comunista Julio Antonio Mella. Entre marzo de 1930 y 1932 los sindicatos de izquierda lanzan una serie de huelgas; Machado responde con más represión, cierra la universidad y disuelve las organizaciones obreras. Las movilizaciones revolucionarias, cada vez más incontrolables, preocupan a Estados Unidos, donde Roosevelt, recientemente electo, trata de imprimir un cambio en la orientación política hacia América latina. La Casa Blanca envía a un "mediador" para tratar de encontrar una solución moderada al estilo cubano y garantizar un cambio de gobierno pacífico. Encomienda esta delicada misión proconsular a un diplomático de alto nivel, Sumner Welles. Ante los actos terroristas de algunos grupos de oposición y la rebelión de Machado contra su protector, Sumner Welles preconiza la intervención militar de Estados Unidos. Roosevelt no está de acuerdo. Las negociaciones con los partidos, bien encaminadas gracias al "mediador", sólo requieren la partida del dictador para llegar a buen término. Finalmente, ante la inminencia de la intervención norteamericana contra Machado, quien desafia a Estados Unidos y convoca al pueblo a movilizarse contra Washington, el ejército derroca al dictador en agosto de 1933.

Bajo Machado, los militares habían sido los niños mimados del régimen. El dictador les había confiado numerosas responsabilidades civiles, haciendo del ejército un ejemplo para toda la administración cubana. Acusado de querer "militarizar al Estado" al colocar a militares en los puestos claves de la burocracia civil, Machado declara: "La supervisión [por los oficiales] de la administración no es una norma de gobierno sino una necesidad del momento. Incluso puede decirse que, lejos de militarizar la organización administrativa, esto permite demos-

trar de manera evidente las excelentes cualidades civiles de nuestros oficiales.<sup>174</sup> Ante tales manifestaciones, se comprende fácilmente que los jefes del ejército quisieran evitar una intervención norteamericana que los hubiera colocado en una posición incómoda entre el protector lejano y el benefactor inmediato. De modo que el derrocamiento de Machado obedeció a un reflejo de defensa corporativo.

En septiembre de 1933, el fin del *machadato*, lejos de apaciguar el clima social, genera una situación cuasi revolucionaria. Los sindicatos radicalizan sus acciones bajo la conducción del Partido Comunista. Se produce una oleada de ocupaciones de las "centrales" azucareras y surgen consejos obreros. Los "elementos revolucionarios" levantan la consigna bolchevique: "Todo el poder a los obreros y campesinos, apoyados en los comités de marinos y soldados."<sup>175</sup> En este marco, ante el rumor de una disminución de sus sueldos, se sublevan los oficiales del ejército. La hostilidad y desconfianza hacia los oficiales, beneficiarios del régimen depuesto, son uno de los móviles del motín de Campamento Columbia. Así aparece en la escena política Fulgencio Batista, líder de los suboficiales, quien dominará la vida pública durante los veinticinco años siguientes.

Mientras los suboficiales y los sectores de la tropa que los apoyan arrestan a los oficiales, muchos de los cuales se refugian en el hotel de La Habana donde residen el embajador y numerosos ciudadanos norteamericanos, los oficiales más jóvenes, en vista del giro de los acontecimientos, se apresuran a apoyar la sublevación. Las fuerzas revolucionarias civiles y los líderes de la oposición al gobierno provisional que ha reemplazado a Machado tratan de darle al motín de los sargentos una dimensión política que no poseía. Una comisión de cinco miembros (la *Pentarquía*), en la que se destaca Ramón Grau San Martín, derroca a las autoridades con ayuda de los militares sublevados: estudiantes y profesores universitarios acuden a la causa de los sargentos y su revolución. Grau San Martín asume la presidencia y forma un gobierno, que asciende a Batista al grado de coronel y le entrega el mando del ejército, acéfalo y purgado de una parte de sus oficiales. La misión que se le asigna, nombrar o mantener los oficiales necesarios para el buen

<sup>174</sup> Citado por Louis A. Pérez, Jr. *ob. cit.*, págs. 56-57.

<sup>175</sup> González Cananova, *ob. cit.*, pág. 183.

funcionamiento de la institución, le confiere un poder enorme.

Dos preguntas saltan a la vista: ¿por qué el cuerpo de oficiales se derrumbó de manera tan brutal ante una manifestación de tipo sindical? ¿Cuál fue la magnitud de la transformación sufrida en ese momento por el ejército cubano? La disgregación institucional parece deberse a muchos factores, que explican también en parte, el poder que adquiere Batista. Los altos grados del ejército de Machado son ocupados por oficiales surgidos de la tropa, ascendidos por razones políticas. Esto frena las carreras de los oficiales jóvenes, graduados de las escuelas, y su consiguiente resentimiento explica el hecho de que se hayan plegado a la causa de los sublevados. Casi el cincuenta y seis por ciento de los oficiales machadistas no han pasado por la Academia Militar; y mientras los engranchados hacen carreras fulgurantes, los graduados de 1913-1915 siguen siendo tenientes en 1933.<sup>176</sup> A esta falta de cohesión del cuerpo de oficiales se agregan las tensiones sociales, que afectan a las instituciones militares. Desde la época de la ocupación norteamericana, cuando nace el ejército, sólo los cubanos de raza blanca pueden aspirar a los galones de oficial. Esta práctica genera una división profunda entre un cuerpo de oficiales blancos, surgidos de la clase política o apadrinados por ella, y los suboficiales, mayoritariamente mestizos. El mismo Batista pertenece a la categoría de mulato, según la clasificación étnica socialmente aceptada de la época. Tras la revuelta de los sargentos, numerosos afrocubanos adquirieron grado de oficial. Según el agregado militar norteamericano, el ejército se "en-negrece" considerablemente: los negros pasan a constituir casi el treinta por ciento del cuerpo, y los mulatos el treinta y cinco.

Tras la eliminación de los oficiales que habían tratado de hacer del Hotel Nacional el baluarte de la resistencia, el ejército sufre una reestructuración total: más de cuatrocientos suboficiales y alrededor de sesenta civiles se convierten en oficiales de todos los grados. Los nuevos oficiales, sin vínculos con la élite política y social, carecen por completo de los tradicionales recursos de poder en Cuba: no son veteranos de 1895 ni miembros de la oligarquía política o de las clases superiores. Tampoco poseen una formación militar autónoma. Antes de ingresar al ejército, por azar o por necesidad, fueron trabajadores manuales o desempleados. Batista, sargento oñcinista del ejército

<sup>176</sup> Pérez, *ob. cit.*, pág. 84.

lo cual significaba ser un hombre semianalfabeto, había sido cañero, carpintero y obrero ferroviario. El ex sargento, rápidamente ascendido a general, que utiliza al ejército para tomar y mantener el poder, no es un militar sino un civil uniformado. Su sangre negra y su política de favorecer a los afro-cubanos le procuran una gran popularidad que trasciende el ámbito militar. Su encanto personal de *mulato lindo*, que impresiona a los periodistas, su risa contagiosa y su sonrisa zalamera aún no permiten ver en este hombre del pueblo al futuro dictador.<sup>17</sup> Así surge una nueva clase militar. Paradójicamente, este lumpenproletariado uniformado, al decir de Andrés Suárez, constituye la base de un gobierno formado por intelectuales revolucionarios.

Este gobierno será de corta vida: poco más de cien días, durante los cuales Grau y su ministro del Interior, el joven y muy popular Antonio Guiterras, considerado un comunista aunque no lo es, tratan de promulgar reformas sociales muy avanzadas para Cuba (salarios mínimos para los cañeros, jornadas de ocho horas), provocando así la alianza de las fuerzas políticas tradicionales y los medios financieros, y la inquietud creciente del gobierno norteamericano. El gobierno está tanto más condenado por cuanto los partidos de izquierda, principalmente el Comunista, quienes están embarcados en una línea "ultraizquierdista", atacan implacablemente al equipo Grau por su reformismo, al que consideran excesivamente tibio.

A pesar de los ruegos de los intereses norteamericanos en la isla, el gobierno de Estados Unidos se niega a intervenir. Pero los asuntos diplomáticos del Departamento de Estado comprenden que se puede sacar partido de un ejército renovado, que aparece como el poder detrás del trono. Tras la caída de Grau, que hunde al país en la anarquía y la inestabilidad, el jefe del ejército reprime implacablemente al movimiento obrero y estudiantil de 1934 y se transforma en el gran elector, con el beneplácito de Washington. Bajo su égida se suceden los "presidentes holgazanes", mientras que Estados Unidos, en el marco de la nueva política rooseveltiana, deroga la enmienda Platt, que se había abstenido de utilizar durante la prolongada crisis de 1933.

Al lado de los desacreditados partidos tradicionales, las nuevas organizaciones antimachadistas (Ejército del Caribe,

ABC, OCRE, Joven Cuba) formadas casi todas en torno a personajes dramáticos y violentos como Eduardo Chibas, aparecen como grupos de activistas incontrolables, que practican a porfía el gangsterismo radicalizado en diversas formas. El ejército parece la única fuerza capaz de imponer un cierto orden y fortalecer el Estado. Más importante aún, este nuevo ejército de cuadros populares y ambiciosos, permeables a los consejos de Washington, es el único que puede poner en marcha las reformas modernizadoras necesarias para poner fin a la atrofia que sufre la sociedad cubana. A falta de un partido, el ejército acaudillado por Batista jugará un papel modernizador, acorde con la política de Estados Unidos, en vista de fortalecer una sociedad civil, debilitada por la estructura neocolonial de la economía azucarera.<sup>18</sup> En 1937 se lanza un plan de reconstrucción económica y social llamado "plan trienal" (motejado de "plan de trescientos años" a causa de su carácter ambicioso e irrealista), inspirado aparentemente por un equipo de investigadores de la Rockefeller Foundation.<sup>19</sup> Sus objetivos son mejorar las condiciones de vida de los jornaleros del azúcar y, principalmente, extender la pequeña propiedad y diversificar la producción agrícola, Batista se atribuirá siempre la paternidad de este programa de reformas cuya ejecución, al menos en el terreno social y educativo, está en manos del ejército.

A partir de 1937 Cuba se militariza, tal como había sucedido bajo Machado. La tercera parte del presupuesto nacional está consagrada al ejército o pasa por sus manos para la realización del gran programa de reformas. El jefe del ejército crea una suerte de gobierno paralelo y secretarías de Estado que compiten con los departamentos homólogos del gobierno nacional. Batista organiza incluso una red de escuelas militares rurales, supervisada por el ejército, donde los docentes son suboficiales. La modernización comienza por la propia institución militar, a la que se dota de cuarteles, centros de recreación, hospitales y asilos para huérfanos, sin equivalentes en la sociedad civil. Todo parece estar dispuesto para la instauración de

<sup>18</sup> Véase Dennis B. Wood, "Las relaciones revolucionarias de clase y los conflictos políticos en Cuba (1868-1968)", *Revista latinoamericana de sociología* n.º 1 (Buenos Aires, 1968), págs. 48-60.

<sup>19</sup> Ramón de Armas, *Fulgencio Batista, principales circunstancias condicionantes de la instauración de sus dos períodos dictatoriales*. La Habana-México, CLACSO (mimeogr.) junio 1980, págs. 14-18.

<sup>17</sup> Thomas, *ob. cit.*, pág. 580.



una dictadura militar, incluso la propaganda que pone al ejército como ejemplo para la sociedad.

Una de las paradojas de la era de Batista es que ese suboficial que aspiraba a la dictadura y la ejerció de hecho a partir de 1934, inicia el único período de democracia representativa que ha conocido la gran isla y que se extiende hasta 1952, cuando él vuelve al poder. Indudablemente más dúctil que Somoza, y también más oportunista, este sonriente jefe militar llamado "coronel aceite de ricino" por sus enemigos, a quienes acordaba ese tratamiento de neto corte mussoliniano, es un hombre que sabe percibir para dónde sopla el viento. Así, mediante pequeños favores y una habil propaganda, aprovechando la orientación frentepopulista de la III Internacional, obtiene el apoyo del Partido Comunista, cuya influencia en el movimiento obrero va en aumento. A partir de 1938 se reúne regularmente con el líder comunista Blas Roca, y en 1939, con ayuda de la guerra mundial favorece a la Confederación de Trabajadores de Cuba a expensas de las demás centrales sindicales. El dirigente de la CTC, el obrero tabacalero Lázaro Peña, un negro, seguirá desempeñando las mismas funciones bajo Fidel Castro. A partir de 1938, antes del ingreso de la URSS a la guerra, Batista será el aliado de Estados Unidos y de los comunistas. Con este apoyo, en 1940 convoca a una Constituyente que adopta una constitución socialmente progresista, luego se hace elegir presidente con el firme apoyo del Partido Comunista, pero también de los intereses norteamericanos y la aceptación de casi todas las clases sociales.<sup>10</sup>

En 1942, el presidente civil Batista introduce a dos comunistas en su gobierno: Marinello y el joven Carlos Rafael Rodríguez; pero sus antiguos camaradas de armas, que creen que ha llegado el momento de cosechar los frutos de su acción política o de su lealtad, le crean serios problemas. En efecto, contra las esperanzas de los antiguos suboficiales, ahora jefes del ejército, Batista trata de desmilitarizar su régimen y asentarlo sobre nuevas bases. En 1944 no se presenta a elecciones y su candidato es derrotado por Grau San Martín, a pesar del apoyo de los comunistas, quienes, en sus propias palabras, lamentan el marginamiento del padre del frente popular, "ídolo del pueblo", "magnífica reserva de la democracia cubana".<sup>11</sup> Si Batista se

<sup>10</sup> Thomas, *ob. cit.*, capítulo LX: Batista and the Communists. Págs. 724-725.

<sup>11</sup> Blas Roca y Carlos Rafael Rodríguez, *En defensa del pueblo La Habana, 1945.*

abstuvo de emplear el fraude para ganar las elecciones y gobernar por interposición persona, como hacían sus vecinos o como ya había hecho él mismo en 1934, ello se debe, tal vez, a que este extraño "dictador" prefirió en ese momento volver a la vida privada para gozar tranquilamente de la fortuna que había amasado mientras estuvo en el poder.

Le sucede Grau, pero en 1944, el líder revolucionario de 1933 se ha vuelto un presidente corrupto. Cunden las dificultades económicas, y el pueblo echa de menos a Batista, quien vive en Estados Unidos. Vuelve y se desarrolla el gangsterismo político, que había sido uno de los rasgos característicos del machadato. La política universitaria también resulta afectada.<sup>12</sup> Mientras Prío Socarrás, del partido "auténtico", sucede a Grau y cae por la misma pendiente, Eduardo Chibás, jefe del partido "ortodoxo", orador fogoso, agita a las clases medias tronando contra la corrupción y elogiando al gobierno, antes de suicidarse casi públicamente durante una emisión radial. En esa atmósfera enrarecida, al aproximarse las elecciones de 1952, Batista prepara un golpe de Estado contra Prío, de quien se sospecha que no quiere entregar el gobierno a los "ortodoxos", probables vencedores de la consulta.

Batista aparece como un salvador, tanto para los militares como para las clases populares. Su pasado democrático constituye una garantía de su acción futura. Sus intenciones expresadas ("liberar a la isla del gangsterismo") agradan a la opinión pública, pero Batista II se transforma rápidamente en un tirano holgazán que se enriquece espectacularmente y se dedica a la buena vida. El advenedizo no quiere gobernar mediante el terror, como Trujillo, y si bien se convierte en uno de los tiranos más crueles y sanguinarios del Caribe a partir del estallido de la guerrilla de Fidel Castro en la Sierra Maestra, el hombre del pueblo quiere hacerse amar: fomenta los cultos afrocubanos de las *santerías* y cimenta su popularidad entre la población negra, mientras que su esposa, la bellísima Martha Fernández, juega a ser Eva Perón. Se dice que Trujillo desprecia al sargento populista.<sup>13</sup> Es igualmente cierto que, dejando de lado

<sup>12</sup> Como señala principalmente Mario Llerena, quien ve en ello el culto de culto de donde nació el castroismo. *The Unscripted Revolution. The Birth and Rise of Castroism.* Ithaca, 1978, pág. 41.

<sup>13</sup> Eso, al menos, es lo que sostiene el general Espalliat ministro de la Policía. Véase Arturo Espalliat, *Les Dessous d'une dictature. Trujillo.* París, 1966, pág. 208. El mismo consideraba a Trujillo "un campesino torpe y sin clase" (*ibid.*).

las atrocidades cometidas durante el enfrentamiento con los guerrilleros castristas, este dictador "democrático" jamás cae en los excesos y la avidez económica de un Trujillo o de los Somoza: ¿y acaso hubiera podido hacerlo, en el semiprotectorado cubano?

En el plano militar, a fines del régimen la lealtad del ejército es mucho más débil. El ejército cubano defiende en primer término sus intereses corporativos y su papel extramilitar en la sociedad. Aislados de los intereses de clase, cuando Estados Unidos retira su apoyo a Batista los militares se encuentran despojados de toda legitimidad. Al igual que en 1933, reaccionan tratando de salvar a la institución y echando a Batista en 1958, pero es demasiado tarde: el ejército está dividido en camarillas antagonicas, cada una de las cuales trata de salvar la ropa (algunas unidades incluso venden armas a los rebeldes). El ejército cubano, a diferencia de la guardia nacional nicaragüense bajo Somoza, no es la guardia pretoriana de Batista. Sus particularidades específicas, forjadas en parte por el propio Batista y la revolución de los suboficiales, le impiden cumplir ese papel.

#### Paraguay: un general olvidado

Los regímenes que acabamos de estudiar aparecen como las meñós militares de las dictaduras. Por un lado, esos tiranos cuentan con recursos políticos que sirven de contrapeso, o bien complementan a la base de sustentación militar; en el caso de Batista, incluso se recurre a la democracia con ese fin. Por el otro, desinstitucionalizan la organización militar, creando cadenas de mando o selección basadas en criterios personalistas caracterizados por un fuerte nepotismo, o bien subvirtiendo la disciplina y la jerarquía, como en la revolución de los suboficiales cubanos. Sin embargo, los ejércitos estatales de América del Sud, incluso en la época contemporánea, han dado surgimiento a sistemas de poder comparables a los de los ejércitos neocoloniales, por la permanencia de una dominación autoritaria y personalista.

El dictador más antiguo del continente es, en efecto, un auténtico militar, sólidamente entronizado en el poder en

Paraguay desde hace más de un cuarto de siglo. El general Stroessner se apropió del gobierno de Asunción a través de un golpe de Estado, en 1954. Desde entonces, esta desgraciada Arcadia mesopotámica (situada entre los ríos Paraná y Paraguay) es controlada férreamente por ese general cuya primera preocupación parece ser que nadie se ocupe de él y de su país. Se busca por todas las formas que el mundo no se interese demasiado por ese pequeño país esencialmente agrario, encerrado entre los dos gigantes sudamericanos, Brasil y Argentina. Se dice que, para mayor seguridad, los corresponsales de las grandes agencias noticiosas en el país pertenecen al partido oficial y que hasta uno de ellos fue miembro del gobierno, más precisamente de la presidencia. Este deseo de pasar desapercibido no se explica solamente por las características de un país aislado por la historia, replegado sobre su idioma (el guaraní) y cultura propios. Por cierto que, separada al mundo por el autócrata nacionalista Francia a principios del siglo XIX, bloqueada luego por el argentino Rosas y sitiada de 1865 a 1870 por los ejércitos de la Triple Alianza, la arcaica sociedad paraguaya jamás se volcó al mundo exterior. Pero esta actitud modesta es también la de un dictador-feliz, que ha batido los records de longevidad de sus predecesores, más ilustres y pintorescos, y a quienes a él le complace reivindicar. Después de Francia, el "supremo", quien ejerció el poder dictatorial de 1816 a 1840, y Francisco Solano López, el "mariscal", quien sucedió a su padre en 1862 y murió en el campo del honor en 1869, combatiendo a los brasileños, Stroessner, al principio de su régimen, asume el modesto título de "continuador".<sup>34</sup> Sin embargo, se cuida de enfrentar a sus poderosos vecinos o de desafiar a las metrópolis, a diferencia de López y Francia, respectivamente. Todo lo contrario.

Desde la hecatombe de la guerra del Paraguay, que deja al país exangüe, en el sentido más estricto del término, con la mitad de su población de 1860 y un solo hombre de cada diez, el Paraguay goza de una tradición militar heroica y valiente, reconocida por todo el continente. En este siglo cuenta con un ejército regular permanente, con servicio militar obligatorio (pero selectivo: basta pagar un impuesto para ser eximido) y un eficiente sistema de escuelas militares.<sup>35</sup> Muchos de sus

<sup>34</sup> American University, *Area Handbook for Paraguay*, Washington D.C., 1972, pág. 139.

<sup>35</sup> *Idem*, pág. 274.

cuadros son bien recibidos en las instituciones de sus vecinos de Argentina y Brasil, sobre todo antes de 1968, cuando se creó una Escuela Superior de Guerra para los oficiales de Estado Mayor. De 1932 a 1935 esta nación guerrera enfrentó a Bolivia, cuyas fuerzas militares habían tratado de invadir el territorio paraguayo. El ejército de Paraguay rechazó a los bolivianos, pero fue incapaz de explotar su victoria al pie de los Andes por falta de apoyo logístico y capacidad económica. Lo dos pueblos, extenuados, sufren ciento veinticinco mil bajas. Tras tres años de negociaciones se firma un tratado de paz. Los Estados americanos se solidarizan con el agredido. Corre el rumor de que las empresas internacionales petroleras no son extrañas a las causas del conflicto. Pero, en uno y otro país, la guerra tiene consecuencias políticas y sociales imprevisas. Las asociaciones de héroes y veteranos abren el camino para la participación activa, incluso dominante, del ejército en la vida pública.

Paraguay, al igual que algunos de sus vecinos, tuvo una vida política muy inestable después de la independencia: treinta y dos presidentes y un triunvirato ocupan el poder entre 1820 y 1932. Puede decirse que en el siglo XX el periodo presidencial ha sido de un año, poco más o menos. Dos grandes partidos se disputan tradicionalmente el gobierno: el Republicano, o Colorado, y el Demócrata, o Liberal. Este último expulsa del poder a los conservadores colorados en 1904 y domina la vida política hasta la guerra con Bolivia.

El 17 de febrero de 1936, el coronel Rafael Franco, apoyado en un sector del ejército y en la poderosa asociación de veteranos de la guerra del Chaco, derroca al gobierno liberal, envía al exilio a la vieja clase política y, por medio de un decreto que invoca abiertamente a los modelos autoritarios europeos, prohíbe la actividad partidista. Este "gobierno de febrero", del cual surge el Partido *Federalista*, que anuncia el nacimiento de un "nuevo Paraguay", aparece, como muchos de sus contemporáneos en el continente, como reformador y autoritario, fascizante y progresista a la vez. Preve explotación de tierras para mejorar la situación de los campesinos y medidas sociales en favor de los trabajadores. Pero los conspiradores liberales no le dan tiempo. Menos afortunado que su homónimo y contemporáneo español, Franco es derrocado por un golpe de Estado en 1937. Lo reemplaza el general Estigarribia, quien en 1940 promulga una Constitución presidencialista-

ta, autoritaria y vagamente corporativista, que otorga al presidente el poder de declarar el estado de sitio a discreción: a partir de 1947, esta cláusula dará forma al gobierno del país durante más de un cuarto de siglo. Algunos meses después de promulgada la nueva Constitución, el Presidente y su esposa mueren en un accidente de aviación y lo sucede el ministro de Guerra, general Morínigo, elegido en 1943 al presentarse como candidato único.

Morínigo se rodea de miembros del partido colorado, que goza de cierta influencia en el ejército, e impone un gobierno dictatorial. En marzo de 1947, los federalistas del coronel Franco se sublevan junto con los liberales y un grupo de oficiales jóvenes; sobreviene una guerra civil que dura seis meses. A pesar de los éxitos de los insurgentes y la disgregación del ejército regular, Morínigo triunfa gracias a la ayuda del gobierno argentino y del general Perón, <sup>36</sup> y quizás un tñbo apoyo norteamericano. <sup>37</sup> Tras la victoria del gobierno sobreviene la "anarquía colorada", bienio durante el cual desfilan los presidentes de ese partido, derrocados por sucesivos golpes de Estado, mientras los paraguayos huyen por millares a la Argentina. <sup>38</sup>

Al apelar al viejo partido colorado, durante tanto tiempo alejado del poder, para darle una base a su dictadura, Morínigo provoca su división, incluso su atomización. Cada fracción, demasiado débil para gobernar por sí sola, busca apoyo en el ejército. Hasta que en mayo de 1954, el general Alfredo Stroessner, comandante en jefe del ejército, en lugar de encabezar una de las tendencias del partido oficial del Partido Colorado. Dadas las circunstancias, el candidato único resulta "electo" en julio y desde entonces es presidente "constitucional" del Paraguay. Confirmado en la presidencia por el plebiscito de 1958, es reeligido cada cinco años con una cronometría regularidad que provoca el asombro de todo el continente. Gracias a algunos

<sup>36</sup> En esto coinciden la mayoría de los testigos del hecho, y es, además, la posición oficial de la oposición federalista. En "Partido Federalista. Sinopsis de la situación política paraguaya (1972)", en *Nueva Sociedad* (Caracas, septiembre-octubre 1972) págs. 49-71.

<sup>37</sup> Pocos defienden este punto de vista. Omar Díaz de Arce, *Paraguay*. La Habana, 1967, pág. 50.

<sup>38</sup> François Chartrain, *La République du Paraguay*. París, 1973, pág. 35.

pequeños retoques constitucionales, el 12 de febrero de 1978 inició su sexto mandato por "la paz y el orden" en el Paraguay, y fue nuevamente reelegido en 1983.

Con la misma regularidad, cada sesenta días el "gobierno más anticomunista del mundo", según sus propias palabras, proroga el Estado de sitio, que sólo se levanta el día de las elecciones. Los verdaderos partidos de oposición están excluidos de las consultas electorales; sólo la "oposición de Su Majestad", fomentada o tolerada en distintos grados por la dictadura, puede acceder a un puesto honorable, al menos en el Parlamento, donde recibe automáticamente un tercio de los escaños.<sup>39</sup> Evidentemente, los derechos humanos no son la primera preocupación del general de artillería rector vitalicio de los destinos de la nación guaraní: las ligas agrarias, el Partido Comunista, los colorados disidentes y los febreristas militantes son acosados, encarcelados o eliminados implacablemente.

Este rubio hijo de un bávaro que reina sobre un pueblo de morenos indígenas guaraníes no deja nada librado al azar. Si bien el dictador y su familia se han enriquecido discretamente, el Paraguay no es un feudo de la familia Stroessner a la manera nicaragüense. El único que ha llegado a la atención de la prensa es el yerno, el próspero hombre de negocios Domínguez Dibb, debido a sus enfrentamientos con el molesto Somoza, desafortunadamente refugiado en el país de su suegro. El Estado paraguayo posee una existencia tangible, el ejército no es propiedad privada del presidente. Es poco probable que se consolide una dinastía Stroessner: el hijo mayor, oficial de aeronáutica, no posee una base militar propia; el matrimonio del menor con la hija del poderoso general Andrés Rodríguez, testimonio del peso de la jerarquía militar, no dio los resultados esperados.<sup>40</sup>

Este ejército estatal, que goza de una envidiable legitimidad histórica, le ha planteado algunos problemas al general Stroessner. En 1955, un grupo de oficiales jóvenes, vinculados a una fracción disidente del partido colorado, se sublevó contra sus jefes. El control del ejército es, pues, una de las grandes tareas de la dictadura. En 1948, al término de la guerra civil, todos

<sup>39</sup> A partir de la Constitución de 1967, acaban legalmente los partidos Liberal Radical, Liberal y Febrerista. El partido colorado obtiene dos tercios de los escaños en el Parlamento. En las elecciones de 1978, el presidente Stroessner fue reelegido con el 89,62 por ciento de los sufragos.

<sup>40</sup> "Paraguay, la dictadura olvidada", en *Alternativa* (Bogotá) n.º 226, pág. 31.

los oficiales liberales y febreristas fueron eliminados de las filas militares. Desde entonces, sólo los colorados pueden ser oficiales, y los cadetes son escogidos entre las familias afiliadas al partido oficial. Para asentar su poder, Stroessner eliminó cuidadosamente de los puestos de mando a todos los oficiales poseedores de prestigio propio, entre otros a los héroes del Chaco, y los reemplazó por hombres que le debían mucho. Pero lo que asegura la tranquilidad de los militares es la corrupción y las posibilidades de enriquecimiento de las que gozan los oficiales leales. La lealtad paga. Sobre todo en un Estado "contrabandista" como Paraguay, donde todo el mundo, grande o pequeño, practica esta actividad comercial, desde el contrabando hormiga de los pequeños pasadores hasta las redes internacionales que gozan de protección oficial. El descubrimiento del *affaire Ricord* y la *Paraguayan connection* en 1972 le mostró al mundo que el tráfico de estupefacientes contaba con cómplices en los más altos niveles. Se dijo entonces que este ex proxeneta francés, que había trabajado al servicio del jefe de la Gestapo francesa de la calle Lauriston en París bajo la ocupación alemana, gozaba de la amistad de altas personalidades militares pertenecientes a los allegados al general Stroessner, como el general Patricio Coleman, jefe de la lucha antiguerrillera,<sup>41</sup> y el propio general Andrés Rodríguez, número dos del régimen y posible sucesor.<sup>42</sup> Se dice que un almirante controla el contrabando de armas. Carta jefe de región militar fronteriza tiene su especialidad, de acuerdo a la demanda interna o externa y el arbitrio del "padrino": harina, aparatos de televisión, automóviles, electrodomésticos, ganado robado, etc. Las muy permeables fronteras paraguayas explican el hecho de que la "tolerancia histórica" del comercio ilegal se haya vuelto un medio de gobierno. Es el "precio de la paz", como diría cínicamente Stroessner, quien sacrifica la economía doméstica en aras de su longevidad política.

Tras la fachada de la democracia institucional, la dictadura paraguaya practica una violencia policiaca que repite por abajo la corrupción generalizada de las capas dirigentes civiles y militares. El terror que ejercen los *pyragués*, espías con

<sup>41</sup> Héctor Borral, "Contacto en el Paraguay", *Marcha* (Montevideo, 16 junio 1972), y "Joseph Ricord, un parrain déchu", *Le Monde*, 13 diciembre 1972.

<sup>42</sup> "Paraguay, The Price of Paz", *Newsweek*, 12 febrero 1973.

"pies de pluma" en lengua guaraní, cuyas orejas están en todas partes (se dice que hay uno por cada cuatro habitantes)<sup>43</sup> forta- lece el encuadramiento, por no decir el arreo, de la población al servicio del poder. El partido colorado, conservador pero no clerical, está bajo el control absoluto de Stroessner, quien lo ha depurado de todos los rivales en potencia o de las perso- nalidades independientes que pudieran oponérselo. Todos los funcionarios públicos nacionales y locales deben estar afiliados al partido. Para recibir subsidios o salarios del Estado es neces- sario poseer el carné partidario. No es de extrañar que el par- tido cuente con 900.000 afiliados, el mismo número de votos que recibe en las elecciones, en un país de tres millones de habitantes. El peso del reclutamiento se acrecienta con el carac- ter hereditario de las afiliaciones. Los partidos paraguayos son, ante todo, comunidades sociales que brindan servicios y protec- ción. Una estadística efectuada en los años sesenta reveló que la mitad de los miembros de los dos grandes partidos tradi- cionales eran hijos de afiliados a los mismos.<sup>44</sup> El partido de Stroessner es el encargado de ejercer la represión en el campo. Sus representantes, los *mbaretés*, caudillos de aldea,<sup>45</sup> son omnipotentes y no vacilan en tomar represalias o efectuar exacciones a los campesinos no colorados. En una sociedad menos rudimentaria el exclusivismo colorado parecería totali- tario, sin duda. La divisa colorada, "quien no está con nosotros está contra nosotros", no es una muestra de tolerancia políti- ca. "No debe haber un solo colorado pobre", pregonaaba el programa del partido oficial en los años cincuenta, justificando así la violencia contra los adversarios políticos y una política clientelista que ha rendido frutos. En efecto, las secciones del partido colorado están atentas a las necesidades de los afiliados, a los cuales brindan desde asesoría jurídica hasta servicios fúnebres, pasando por los útiles escolares al comien- zo de las clases.<sup>46</sup>

<sup>43</sup> "Paraguay, Des préteurs dénoncent la terreur policière dans le pays". *Le Monde*, 5 diciembre 1974.

<sup>44</sup> Frederick Hicks, "Interpersonal Relationship and Caudillism in Paraguay", *Journal of Inter-American Studies and World Affairs*, (enero 1971), págs. 89-111.

<sup>45</sup> Frederic Hicks, "Política, poder y el papel del cura de pueblo en el Paraguay", suplemento antropológico de la *Revista del Ateneo Paraguayo* (junio 1969), págs. 35-44.

<sup>46</sup> Hicks, "Interpersonal Relationship..." *art. cit.* El Partido colorado distribuyó,

El oportunismo en materia internacional, el juego pendu- lar entre Argentina y Brasil, han facilitado la supervivencia de Stroessner. Su sensibilidad a las presiones de Washington se disputa la palma con su voluntad de quedar bien con la metro- poli en un terreno en el que no tiene rival: la lucha anticomunis- ta, que da legitimidad a su régimen desde el comienzo. Es así como Stroessner avió a un contingente paraguayo a resta- blecer el orden en la República Dominicana en 1965, junto a los *marines*, y que un congreso reciente de la Liga Anticomu- nista Mundial se realizó en Asunción.

Como se ve, esta dictadura personalista es muy civil en cuanto a sus recursos esenciales. El ejército no se encuentra lejos del poder, pero no gobierna. Por otra parte, Stroessner no es el vocero del ejército. Más bien ha logrado neutralizar- lo por diversos medios entre ellos la corrupción—sustentados y legitimados por la lógica partidista. El rasgo específico de este régimen de acentuadas características "sultanísticas" y patrimoniales, según los términos de Max Weber, consiste en la pervasión de las instituciones representativas y los organi- mos estatales de vocación universalista.

#### Poder personal y poder militar

De modo que el origen militar del poder no basta para otorgarle un carácter estrictamente castrense. En las dictaduras personalistas que acabamos de analizar, la institución ejército no delega su poder en un líder militar, sino que es despojado de él por un dictador que monta una red paralela a la jerarquía disciplinaria, fundada en la lealtad, no a la institución sino a su persona, a veces realzada por una coloración partidista. Si bien esos regímenes aparentemente militares se desmilitarizan, es interesante observar que el paso de un sistema de domina- ción militar a uno de dominación personal, en sus diversas mo- dalidades, es eminentemente conflictivo. La historia de lo que generalmente se llama las "dictaduras militares" contemporá- neas es, en realidad, la historia de las luchas de los generales pre-

para el inicio del año lectivo 1963, veinte mil docentes escolares, cuarenta mil catedráticos, cien mil libros y sesenta y seis mil quinientos libros de lectura.

sidentes por independizarse de sus "electores" para perpetuar su poder. No son frecuentes los casos, en que los militares convertidos en jefes de Estado por la vía corporativa, por el hecho de hallarse en la cima de la jerarquía, se vuelvan autócratas conforme al paradigma de los patriarcas tradicionales del continente. El general Stroessner pudo haberlo. En Venezuela, el general Pérez Jiménez, miembro de una junta que derrocó a los socialdemócratas del partido Acción Democrática en noviembre de 1948, pudo hacerlo por un período. Tras el asesinato del coronel Delgado Chalbaud, y gracias a una coyuntura petrolera favorable, unida al apoyo de Estados Unidos, Pérez Jiménez se convirtió en un dictadorzuelo sanguinario. Este oficial de escuela, salido de un ejército moderno, compró el silencio de sus pares mediante un fabuloso presupuesto destinado al orgullo y bienestar de las fuerzas armadas. Pero los oficiales del ejército marginados del poder se inquietan ante la omnipresencia de la policía, mientras que los aviadores y marinos tienen la sensación de estar comprometidos al servicio de la camarilla de oficiales andinos que rodean al dictador, sin obtener nada a cambio. El descontento militar crece hasta que una sublevación pone fin a la dictadura. Pérez Jiménez abandona el poder y el país en enero de 1958.

En la Argentina, donde los presidentes militares se suceden desde 1930, separados por breves paréntesis civiles, los conflictos entre el alto mando y el presidente salido de sus filas son moneda corriente. El reemplazo de un general por otro, mediante una revolución palaciega, se ha producido por lo menos en cinco ocasiones. Oficialmente, el ejército deponer al ocupante provisional de la Casa/Rosada para impedir que éste se perpetúe en el poder desmilitarizando el régimen. Bastó, por ejemplo, que el general Onganía beneficiario del golpe de Estado de junio de 1966, declarara que las fuerzas armadas no "cogobienan", para generar la sospecha de que quería extender su mandato por tiempo indefinido: el alto mando, conmocionado, lo derrocó en la primera oportunidad propicia. En Perú, el general Velasco Alvarado, jefe de un movimiento "revolucionario nacionalista" realizado por el ejército a partir de octubre de 1968, es depuesto por sus pares cuando intenta adquirir una base de poder personal mediante una política populista y permanecer en el poder más tiempo de lo prescripto en los reglamentos militares.

Si bien los pronunciamientos y cuartelazos realizados por

generales audaces daban lugar anteriormente a dictaduras fuertemente personalistas, en la actualidad los gobiernos de las fuerzas armadas son, ante todo, regímenes autoritarios burocráticos. El Brasil posterior a 1964, con su estable sucesión de generales-presidentes, es sin duda el paradigma más acabado de un "poder impersonal del ejército", que caracteriza y legitima el Estado Militar. Pero la personalización según el modelo franquista —que nada tiene que ver con las dictaduras patrimoniales y los cuasi-sultanatos que hemos analizado— del régimen contrarrevolucionario chileno instaurado en 1973 demuestra que un proceso de ese tipo de ninguna manera está excluido, incluso en el seno de los ejércitos más estatales y "profesionalizados" del continente.